

ENTRE EL OFICIO Y LA ACADEMIA

La formación profesional del periodista

Año 2 / Nº 13 / Mayo de 2003 / Precio del ejemplar \$ 5

Tram(p)as

de la comunicación y la cultura

anclajes

Escriben:

José Ricardo "Pepe" Eliashev

Claudio Gómez

José Enrique Velázquez

Alberto Amato

Carlos Milito

Julio Osvaldo López

conversaciones

Entrevista a

Eduardo Aliverti

es lo que hay en las
y en las cosas de la
la primera fuente de
corruptión y por eso en
los medios de comunicación
no se puede esperar nada bueno

Tram₁₃as
de la comunicación y la cultura

los medios de comunicación
no son más que un instrumento
de poder y de manipulación
que se utiliza para controlar
la opinión pública y para
mantener el status quo



AUTORIDADES

Decano

Carlos Armando Guerrero

Vicedecano

Marcelo Belinche

Secretario Académico

Alejandro Raúl Verano

Secretaria de Investigaciones

Científicas y Posgrado

Florencia Saintout

Secretario de Extensión Universitaria

Jorge Castro

Secretario de Producción y Servicios

Omar Turconi

Secretario de Planificación y Gestión

Luciano Pedro Sanguinetti

Secretaria de Integración con las

Organizaciones de la Comunidad

Cecilia Ceraso

Secretario de Asuntos

Administrativos

Gustavo Fabián González

Secretario de Coordinación

Sergio Boscariol

Prosecretario Académico

Emiliano Albertini

Prosecretaria de Investigaciones

Científicas y Posgrado

Nancy Díaz Larrañaga

Prosecretario de Extensión

Universitaria

Ricardo Petraglia

Prosecretario de Asuntos

Administrativos

Rubén Liegl

Directores

Florencia Saintout

Jorge A. Huergo

Coordinadores Editoriales

Paula Porta

Andrea Varela

Coordinador Temático

Laura Pellegrino

Comité Editorial

Nancy Díaz Larrañaga

Alfredo Alfonso

Flavio Peresson

Alejandra Valentino

Claudia Villamayor

Magalí Catino

Raúl Barreiros

Luciano P. Sanguinetti

Inés Seoane Toimil

Glenda Morandi

Nancy Fernández

Vanesa Arrúa

Leonardo González

Carlos Giordano

César Díaz

Gustavo González

Pablo Torello

Omar Turconi

Julio Real

Jorge Castro

María Belén Fernández

Roberto Pedrozo

Carlos Milito

Colaboradores de Producción

Nathalle Iñíguez Rímoli

María de la Paz Echeverría

María Lourdes Ferreira

María Soledad López

Diego Narbona

Florencia Burgos

Paula Pedelaborde

María Elena Beneítez

Francisco Arias

Pablo Blesa

Arte de Tapa

Paula Romero

Fabián Fornaroli

Comité Asesor

Carlos A. Guerrero (Argentina)

Rossana Reguillo Cruz (México)

Aníbal Ford (Argentina)

Alejandro R. Verano (Argentina)

Jesús Martín Barbero (Colombia)

Raymundo Mier (Argentina)

Silvia Delfino (Argentina)

Washington Uranga (Argentina)

Renato Ortiz (Brasil)

Eliseo Colón (Puerto Rico)

Alejandro Grimson (Argentina)

Jorge González Sánchez (México)

Esther Díaz (Argentina)

José Luis de Diego (Argentina)

Armand Mattelart (Francia)

Héctor Schmucler (Argentina)

Jorge Bernetti (Argentina)

Alcira Argumedo (Argentina)

José Márques de Melo (Brasil)

Alejandro Ogando (Argentina)

Raúl Fuentes Navarro (México)

Carlos Vallina (Argentina)

Claudio Gómez (Argentina)

Cecilia Ceraso (Argentina)

María I. Vasallo de Lopes (Brasil)

Marcelo Belinche (Argentina)

Enrique Sánchez Ruiz (México)

Adriana Archenti (Argentina)

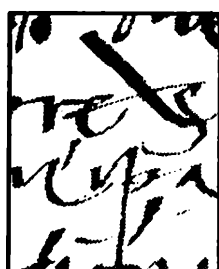
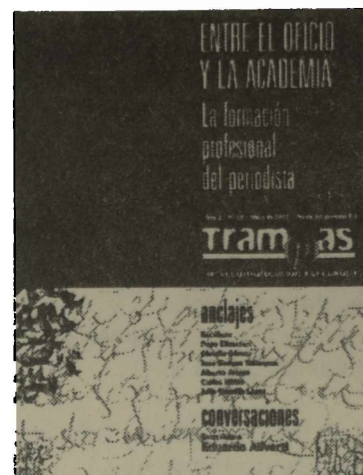
María Cristina Mata (Argentina)

Guillermo Orozco Gómez (México)

Martín Cortés (Argentina)

Ilustración
de tapa:
**Fablán
Fomaroli**

*"Siete voces de un
mismo tenor"*
(Reinterpretación
caligráfica de los
textos publicados
en esta revista)



Editorial

Pág. 6

Anclajes

El paso del oficio a una profesión tecnologizada

Por José Ricardo Eliashev

Pág. 8

Anclajes

**Soporte para avlso publicitarios.
Hacia la pesificación de las noticias**

Por Claudio Gómez

Pág. 17

Anclajes

El futuro pasa por la academia

Por José Enrique Velázquez

Pág. 21

Conversaciones

Entrevista a Eduardo Allverti:

**"El egresado universitario es un comunicólogo,
no un comunicador"**

Por Laura Pellegrino

Pág. 38

Anclajes

El oficio debe unirse a la academia

Por Alberto Amato

Pág. 41

Anclajes

Universidad versus el sistema de medios

Por Carlos Mito

Pág. 49

Anclajes

Corrupción: asignatura pendiente

Por Julio Osvaldo López

Pág. 53

Tram(p)as

de la comunicación y la cultura

Suscripciones

Si usted desea obtener los siguientes números de la revista

Tram(p)as de la comunicación y la cultura comuníquese a:

Secretaría de Producción y Servicios
Secretaría de Investigaciones
Científicas y Posgrado - Facultad de
Periodismo y Comunicación Social
Universidad Nacional de La Plata (UNLP)
Av. 44 N° 676 e/ 8 y 9
Tel./Fax: (54-221) 4236783/4236778
Int. 111 y 121 - La Plata (1900)

Librería La Crujía
Tucumán 1993 - Buenos Aires - Argentina
Tel.: 0810-666-5930
Tel./Fax: (54-11) 4375-0376/0664
Email: libreria@lacrujia.com.ar
www.lacrujia.com.ar
Horario de atención:
Lunes a viernes de 10 a 20:30 hs.
Sábados de 10 a 14 hs.

Correo

Toda la correspondencia deberá remitirse a:

Paula Porta, Andrea Varela
Coordinadores editoriales
Revista Tram(p)as de la comunicación y
la cultura / Facultad de Periodismo y
Comunicación Social - (UNLP)
Av. 44 N° 676 e/ 8 y 9 - 1° Piso
La Plata (1900) Buenos Aires
Argentina

E-mail: tram_p_as@perlo.unlp.edu.ar
Reg. de la Propiedad Intelectual
en trámite



Diseño y diagramación:
Área de Producción Gráfica
La Plata
Provincia de Buenos Aires

Impreso en Argentina

Tram(p)as de la comunicación y la
cultura es una publicación editada por
la Facultad de Periodismo y
Comunicación Social de la UNLP
Av. 44 N° 676 - La Plata (1900)
Buenos Aires - Argentina
Tel/Fax: (54-221)
4236783/4236784/4236778
www.perlo.unlp.edu.ar

E D I T

A partir del planteo “los periodistas nacen o se hacen”, se organizó un debate entre aquellos que han trabajado “de oficio” desde sus inicios y los que han pasado por el ámbito académico. Se conocieron reflexiones interesantes y constructivas a la hora de delinear el perfil de cada uno de ellos y su evolución en el tiempo.

Por oficio, se entiende a aquellas personas autodidactas, que han leído mucho y lo siguen haciendo, que escriben bien y sienten la necesidad de hacerlo para miles de lectores. Por lo general, la manera a través de la cual fueron ingresando a los medios fue mediante el contacto que algún amigo o pariente tenía con el director o secretario de redacción.

Hasta hace cuatro o cinco décadas no se conocía en el país otro periodista que no fuera el de oficio, ya que no abundaban las facultades y escuelas de comunicación. La formación periodística se generaba en el seno del propio trabajo.

El periodista de escuela es el que ha pasado por una sistematización de los conocimientos en la materia. Dispone una imagen intelectual importante pues se supone que cuenta con un bagaje de información integral para el óptimo desempeño de la labor profesional. Los años dedicados al estudio constituyeron una base común de apropiación de co-

D R I A L

nocimientos teóricos para luego ejercitar de manera concreta el perfil que se desea adoptar para la práctica profesional.

Quienes han atravesado esta segunda experiencia coinciden en que la academia permite conocer que la comunicación es un proceso de construcción de sentido que atraviesa las distintas prácticas de la sociedad. La sociedad interactúa con los medios y resignifica su existencia en las construcciones, relatos, creaciones y manipulaciones que ella produce.

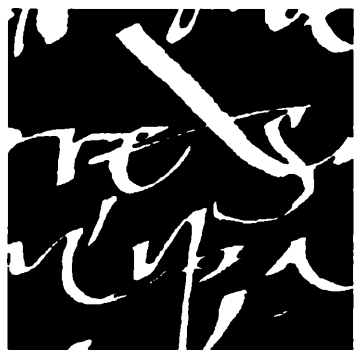
Siempre han existido prejuicios por parte de los periodistas de escuela hacia los de oficio y viceversa. Se decía que el egresado pretendía escribir comentarios de política internacional y probablemente no sabía redactar una gaceta; y el periodista de oficio, muy limitado en su formación, tenía la intuición necesaria para saber cuál era la noticia. Por el contrario, el periodista académico se jactaba de su paso por la Universidad y el bagaje intelectual con el que contaba.

Si bien muchos señalan que el más común de los déficits de las carreras de periodismo y comunicación es la carencia de prácticas en redacciones o estudios de radio y televisión -y esto coloca a los egresados en una situación inicial de desventaja- es fácilmente corregible al comenzar la actividad profesional.

Aquella confrontación de los años setenta no quedó del todo en el olvido, lo mismo que la relación que existía entre la cantidad de periodistas de uno y otro origen dentro del medio de comunicación. Hoy la situación es totalmente opuesta y de cada 10 ingresantes a las redacciones, 9 son egresados de facultades de periodismo.

Tram(p)as de la Comunicación y la Cultura, originada en el seno de una Facultad de Periodismo y Comunicación -y nutrida del trabajo teórico y de la producción generada por comunicadores-, intenta problematizar el debate nunca resuelto en torno a si el periodista "nace o se hace", con el fin de generar nuevas concepciones en el marco de una época signada por los cambios y transformaciones de las sociedades, donde los medios ocupan un lugar preponderante. ■





JOSÉ RICARDO ELIASCHEV

El paso del oficio a una profesión tecnologizada

Como una evocación borrosa que pujó por extraer de una memoria ya traqueteada, encuentro la imagen de aquel que para mí era un veterano y a quien yo veía llegar a eso de las 5 de la tarde a la redacción de "Semana Gráfica", una revista de la editorial Abril para la que trabajé hacia 1971. Muy delgado y dueño de una mirada inquieta y un poco truculenta, el veterano llegaba y se sentaba a su escritorio, colocando a la Lexikon 80 parada sobre su parte posterior, con el teclado mirando al otro lado del periodista. Él se

JOSÉ RICARDO ELIASCHEV

Es conductor del programa radial "Esto Que Pasa", que emite Radio Nacional, columnista internacional de "Informe Central" (América TV) y editorialista político de "Diario Popular" y "El Día" de La Plata y autor de varios libros, entre ellos "A las 6 de la tarde", "Esto Que Queda" y "Sobrevivir en Buenos Aires". Trabajó como periodista profesional en Roma, Caracas, Nueva York y México DF, además de Argentina. Es Master en Relaciones Internacionales por la Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales (FLACSO).

sentaba, se desajustaba la corbata, sacaba y encendía un cigarrillo y le echaba una mirada despreciativa a la redacción, donde si bien yo era muy joven, todos eran, de alguna manera, menores que él. Después de la primera bocanada, el escriba iniciaba su periódico relato. Venía de un "telo", decía, había estado "embullinado" desde la madrugada previa y, a renglón seguido, describía con minuciosidad su hartazgo sexual, contando todo lo que había y le habían hecho. Terminado el "falso", ante unos reporteros que o se ruborizaban o se hundían en su texto sin querer escuchar las proezas de este periodista veterano, el tipo volvía a sentar sobre el escritorio a la Olivetti, se arremangaba la camisa, gruñía, colocaba papel "de pauta" en el rodillo y se lanzaba a teclar, fumando, puteando, hablando en voz alta, murmurando, sacudiendo la máquina de escribir con vigor, con dos dedos, como todo periodista profesional que se precie (el que escriba con más de dos dedos no es un periodista, es un "comunicador social").

Pero cuando este veterano, que en 1971 tendría unos 45 años, sacaba violentamente la última página de texto de su máquina y apilaba las cuartillas para corregirlo a mano, con birome, lo más seguro es que terminara produciendo una crónica sabrosa y llena de semi verdades sobre sus especialidades. Porque este as del relato de sus proezas sexuales con mujeres relativamente oblicuas, era un es-

pecialista en cuestiones policiales. En sus textos había secuestradores y asesinos, perversos sexuales y putas envejecidas, traidores y maleantes de todo pelaje. Tenía, claro, acceso a las "fuentes policiales", de las que -naturalmente- era confidente y privilegiado favorecedor. Pero este personaje gris y más bien lamentable, era un periodista brutal, un sagaz recolector de historias, de tramas y de trampas, un sabueso de fino olfato, moralmente inimputable y, tal vez, hasta un "service" de ocasión, pero técnicamente atractivo. Yo lo contrataría para una redacción de la que fuera jefe, pero jamás aprobaría un texto suyo sin la debida edición y tras verificar fuentes con muy escrupulosa minuciosidad.

Eso es lo que pasaba. Este veterano que se ufanaba al atardecer de una redacción porteña en Leandro Alem y Paraguay de sus módicas hazañas de putañero, jamás había leído nada

sobre teoría de la comunicación, ni sobre lingüística; ignoraría hasta la tumba el por qué y el para qué de la semiología, jamás habrá decodificado, ni contextualizado, ni retroalimentado; fue anterior al postmodernismo pero tampoco supo en su vida qué cosa fue el modernismo. Era un periodista típico de los de hace 30 años, más o menos leídos, más o menos viajados, displicentes y opacos,

impresión
vibrante
ruptura
me dio
bontu ex

ANCLAJES

vírgenes aún a las violaciones y desmesuras del estrellato mediático, ingenuos y modestos, infinitamente menos propensos a los errores de ortografía y los dislates sintácticos que hoy campean insolentemente en diarios y revistas. Pero también imprecisos y un poco ligeros, rechonchos de adjetivaciones y bastante exentos en muchos casos de la obligación de ser claros, rotundos, serios, documentados y precisos.

El periodista de oficio era la norma hace 39 años, cuando yo empecé a ejercer la profe-

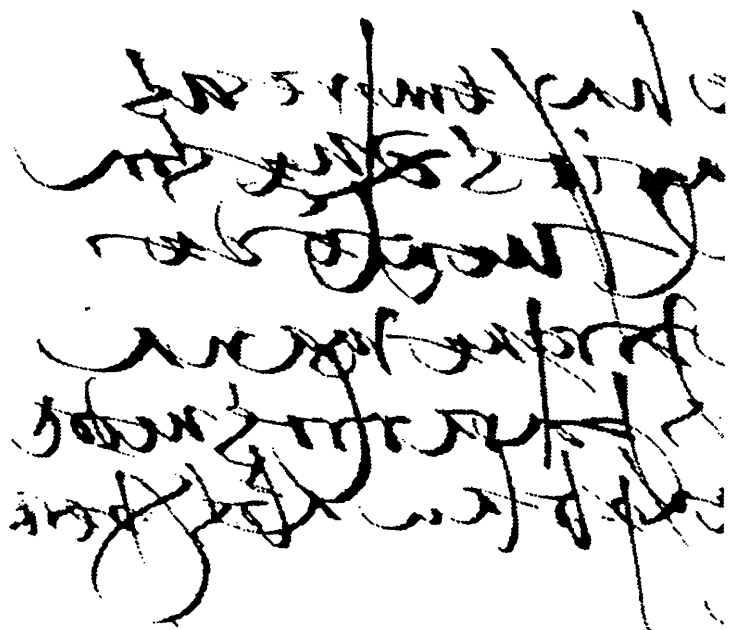
sión. Yo mismo ya lo era a los 19, cuando debuté como redactor porque escribía "bien", según me dijeron. La única idea de formación profesional que teníamos en esa época en la Capital Federal era los cursos del grafotécnico, pero hasta mediados de los años ochenta las redacciones porteñas tenían poco o ningún vínculo con los egresados universitarios de una "ciencia" a la que nadie reconocía como tal: la comunicación. De oficio, gente que se hacía haciéndose, aprendiendo de jefes y editores, de secretarios con antigüedad que siempre te llamaban "pibe" y que habitualmente zamarreaban sus máquinas con un cigarrillo encendido colgado a un costado de su labio inferior.

Para ser periodista de oficio había que tener algo que ahora casi no existe: un amor demente por la actividad, una facilidad desmesurada para drogarse con el olor a tinta. Porque periodismo era tinta: cuando yo me inicié, el único periodismo que había en TV era el Reporter Es-

so de Armando Repetto, que duraba ¡15 minutos! por día, y los informativos de radio Rivadavia y radio Colonia, noticieros donde nadie opinaba pero con los cuales uno se enteraba de lo que pasaba en el país y en el mundo.

Tinta, entonces, "¡calentitos de los diarios!", como voceaban los canillitas a la madrugada, revistas que uno esperaba para leer con fruición porque ambas instituciones (periódicos y semanarios) eran gigantescas ventanas al mundo, al alma, a la vida. Adrenalina y poderoso berretín que enamoraba o rechazaba, pero los periodistas de oficio no tenían una "carrera", sino que enloquecían con un quehacer que provocaba adicción de por vida.

¿Evocación nostálgica y onanista? No necesariamente. En una Argentina que no logra zafar de su barbarie cultural aguda, el periodismo es hoy relato de presente y anticipada (y precaria) historia del futuro, construida sobre lagunas interminables de ignorancia y frivolidad deliberadas. Los profesionales del periodismo argentino del siglo XXI son egresados de instituciones en las que deben prepararse junto a aspirantes a publicistas y candidatos a relacionistas, al lado de proyectos de comunicólogos y legiones de personas que no saben bien qué quieren hacer con sus vidas, excepto dedicarse a "algo relacionado con la comunicación". Tal vez uno de los clivajes esenciales que rompen la continuidad entre pragmáticos de oficio



y universitarios de profesión haya sido el escenario nacional y el mercado de trabajo. Mis coetáneos se metieron en diarios y revistas no para poder enriquecerse patrimonialmente, sino porque así hacíamos lo que más nos gustaba. Y no podíamos creer que nos pagaran por eso. Haber transitado las aulas de una licenciatura, en cambio, abre las puertas de "una carrera", entendida como secuencia articulada y coherente, al cabo de la cual el periodista profesional desembocaría en una suerte de clímax existencial: firma, reconocimiento, prestigio, reputación, viajes, dinero.

Por de pronto, los egresados de las facultades de comunicación tienen, de cara a los veteranos de oficio que aún subsisten, la ventaja de ser profesionales con un horizonte técnico mucho más vasto. Han crecido con la explosión tecnológica y no sabrían trabajar sin internet ni telefonía celular o satelital, sin mini grabadores del tamaño de un paquete de cigarrillos ni acceso a televisores con 80 señales diferentes las 24 horas los siete días, sin este inmenso arsenal de posibilidades que a menudo convierte al profesional en un operador. De allí deriva la ductilidad que no tenía el periodista de la generación anterior a la mía, personas que, además, se desarrollaron en climas de opresiva falta de libertades civiles y perspectivas democráticas.

El de "oficio" era un periodista acondicionado por la censura y

las imposibilidades, alguien para quien era más lo que no se podía decir que lo que sí se podía, un diestro infiltrador de sobrentendidos que se colaban, a veces, en los intersticios del rigor vigilante.

El egresado universitario vive desde 1984 en democracia. Una persona que nació en 1981 y debuta en 2003 como periodista, a la misma edad que yo tenía cuando fui contratado por la revista "Todo" de Bernardo Neustadt (en la que eran jefes y secretarios periodistas de la talla de Rodolfo Pandolfi, Enrique Raab, Edgardo Damommio, Luis Alberto Murray y Esteban Peicovich, y en la que éramos cronistas Pablo Gerchunoff, Milton Roberts, Rolando Hanglin y yo), no ha conocido nunca nada similar a la censura, a la quema de libros, a la prohibición de diarios y revistas, a las cadenas de radio y TV obligatorias y permanentes, a los bandos militares, a la persecución ideológica. Son mejores. Quiero decir: hoy pueden presentarse en el "pliso" de un programa de TV o de radio cua-

lesquiera de los más enconados enemigos del capitalismo y de la democracia "burguesa" y explicar lenta y meticulosamente cómo y por qué van a derrocar al "sistema". Nadie se sonroja, nadie se inquieta, nadie tiembla.

En 1985 se vino el mundo abajo cuando en mi programa "Cable a Tierra", que se emitía por la entonces ATC, conduje un debate y encuesta pública acerca de la relación que pudiera haber entre el amor y el tamaño del pene. En 1985 la Iglesia Católica estaba en guerra contra

*No me hay empresas
que se sigan en
un lugar nuevo de
otro y porque para
me dio para mis necesidades
una experiencia de*

ANCLAJES

el gobierno del presidente Alfonsín porque éste estaba a punto de hacer aprobar en el Congreso la nueva ley de matrimonio civil que legalizaba el divorcio. La Iglesia sacó a la Virgen de Luján a la calle para expulsar al demonio laico que intentaba demoler a la familia y a la civilización "occidental y cristiana". Y en ATC nosotros hablando de sexo y amor, de mitos y mentiras, de penes y de vaginas y de corazones... Ahí sí que ardió Troya.

¿Es imaginable esto hoy, en medio de este disparate de referencias cloacales en las que chapotea normalmente la mayor parte de los medios argentinos? Lo bueno para los profesionales universitarios es que no saben vivir sino en libertad y la idea de que ésta no exista es, sencillamente extravagante para ellos. Una parte se nutre de un paso por la universidad que los obliga a leer muchos textos que los "de oficio" jamás hubieran transitado, se pregnan de ellos, aunque sea tenuemente, de autores y problemáticas que, al menos, tienen la virtud de poder abrirles el apetito intelectual, ensancharles sus horizontes cognitivos y ponerlos en condiciones de problematizar sus desempeños profesionales, lujos todos que eran inconcebibles hace 25 años.

Pero la superior hondura de la que se aprovisionan hoy los educandos y que nutre el bagaje de los jóvenes profesionales va de la mano de un exceso a menudo asfixiante de retórica

seudo intelectual. Han leído al muy prescindible Baudrillard pero gran parte de ellos es incapaz de armar en su discurso oral oraciones completas con unidad de sentido. También son víctimas de una formación de aula que no se brinda con la consecuente y masiva formación específica que requiere el periodismo. Los veteranos vemos en muchos de los jóvenes periodistas más nobles y bien encaminados una tendencia irresistible a sobredimensionar sus profesiones, ya sea por la incontable ansia literaria que a muchos desborda, como por la incontenente ambición de cambiar al mundo usando al periodismo como partero de la historia.

Cuando se han entrenado en escuelas de periodismo menos intelectualizadas y más propensas a la formación práctica, emergen graduados muy lubricados para la cadena de montaje de radios, canales de TV y redacciones gráficas, pero de una chatura espiritual desconsolante.

Modificaciones en la enseñanza

En términos genéricos, sin embargo, es difícil definir cuál es el perfil del egresado universitario en la actualidad. Es posible que en el caso de las universidades de La Plata, Rosario, Córdoba y Buenos Aires, para citar algunos, ofrezcan resultados muy dispares y que de ellos surjan conclusiones poco precisas. Mi experiencia se re-

*Un acentuado
ideologismo
profundiza los
rasgos más
negativos para
un periodista:
generalizaciones,
pensamiento
abstracto,
posturas de alto
y gratuito
voltaje ético,
entre otras.*

fiere a la Capital Federal y a lo que he podido percibir en vistas de trabajo a diversas ciudades de nuestro país. De ellas, algunas primeras aproximaciones surgen estos indicios:

1) Fuerte dosis de intención civil en el perfil de definición de la propia actividad, expresada en términos de "sentido" de la tarea: transformar el mundo, liquidar la corrupción, denunciar a los "políticos", ayudar a los pobres, solidarizarse con los excluidos, etc.;

2) Densa carga de componentes ideológicos, importados de las Ciencias Sociales que forman un tramo importante de los estudios: El egresado tiende a saber quien hoy es Toni Negri o Baudrillard, pero es poco probable que haya leído las "Aguafuertes Porteñas" de Roberto Arlt. Este acentuado ideologismo profundiza los rasgos más negativos para un periodista: generalizaciones, pensamiento abstracto, posturas de alto y gratuito voltaje ético, entre otras;

3) Una visible tendencia a asociar comunicación con marketing publicitario, ahora amenuada con la caída del modelo anterior, pero que desde 1990 en adelante se hizo muy ostensible, sobre todo cuando la TV y la radio fueron dejando de hablar de periodismo y periodistas para derivar a comunicación y "comunicadores", misma época en la que desde el progresismo post-alfonsinista se abandonó la palabra pueblo para canjearla por "la gente". Esta oscuridad donde se comunica

desde diversos espacios pero se eluden los rigores, principios, exigencias y tradiciones del periodismo, contribuyó a una sensible pérdida de identidad profesional. De la misma manera que el clasismo marxista admitió desde los años setenta convertir al periodista en "trabajador de prensa", la desilusión moderna de la última década convirtió a los acicalados "comunicadores" en el nuevo nombre de la profesión. En Buenos Aires, el sindicato de los "trabajadores de prensa", la UTPBA, reivindicó, así, como propias las figuras de Mirtha Legrand, Mercedes Sosa y César Luis Menotti en una recordada campaña de afiches contra las omisiones y la censura. 4) Fuerte prioridad, en este orden, a la televisión, la radio e Internet, sin el pasaje necesario por escuelas que enseñen fehacientemente a escribir y a hablar con la menor cantidad posible de errores y horrores, tan visibles hoy en la cotidianidad periodística.

5) Clara ventaja etaria: el egresado de hoy compone sus textos en word, investiga en internet, hace estadísticas en excel y scanea sus textos, virtudes hacendosas todas ellas para las que los periodistas mayores de 45 años de pronto experimentan algunas limitaciones.

La enseñanza del periodismo como actividad profesional debería plantearse como una suerte de postgrado intermedio, a la que se debería llegar luego de un "zócalo" obligatorio de tres años de formación uni-

ANCLAJES

versitaria, equivalente e imprescindible para todos aquellos que aspiran a trabajar en las llamadas "ciencias sociales". Tras esa etapa, el aspirante a periodista debería atravesar un ciclo de tres años, específicamente orientado al aprendizaje y desarrollo de las técnicas profesionales, que se nutra de un cuerpo común en el cual abreen todos, sin especialidades ni formatos específicos excluyentes.

Privilegiaría de manera asertiva un contacto bien directo con las condiciones verdaderas en que se desarrolla hoy la actividad periodística, enfatizando el contacto con las generaciones relativamente activas y exigiendo de manera inexcusable un fuerte entrenamiento en las destrezas esenciales para saber informar y en la realidad política y

económica de la historia argentina de los últimos 30 años.

Sería bueno que, tal como se hizo en la Universidad Nacional de La Plata, la facultad respectiva se llamara "de Periodismo", para eliminar ambigüedades y aclarar confusiones perjudiciales. Un aspecto aparentemente "cuantitativo" se me ocurre cualitativamente indispensable: las escuelas de comunicación de las universidades estatales se parecen a grandes corralones recolectores de miles de contradictorias y confusas vocaciones. No se puede seguir aumentando fraudulentamente una matrícula completamente desajustada a la realidad del periodismo argentino. Este país necesita, en verdad, no más de la cuarta parte de quienes hoy "estudian comunicación", pero ese 25

por ciento debe tener una formación muy superior a la que hoy exhiben cuando egresan.

La cuestión de los idiomas debería ser, ya, una cláusula de prioridad obligatoria: un periodista argentino debe manejar decentemente el portugués brasileño y tener un manejo fluido del inglés, sin excusas. Un serio conocimiento de la historia y de la geografía de la Argentina es igualmente indispensable y la carencia del mismo se torna muy evidente en una matrícula que se maneja con extraordinaria precariedad en asuntos elementales vinculados con el tiempo y el espacio. Si de peso específico curricular se trata, yo volcaría los esfuerzos a construir en los estudiantes sólidas formaciones nacionales, humanísticas y tecnológicas, en el marco de una realidad que para la Argentina se asocia mucho con el destino del Mercosur y en un mundo que, por el momento, exhibirá una abrumadora hegemonía de los Estados Unidos y de sus valores.

En cuanto a los posgrados como aporte a la formación, considero que los lanzados por "Clarín" y "La Nación" en asociación con dos universidades privadas (San Andrés y Di Tella) me parecen bastante extravagantes y orientados más que nada a reclutar valores jóvenes para las redacciones de ambos medios, diezmadas de profesionales avezados. También influye la pátina de prestigio que parecen obtener de la sensación de parecerse a verdaderas es-

No se puede seguir aumentando fraudulentamente una matrícula completamente desajustada a la realidad del periodismo argentino. Este país necesita, en verdad, no más de la cuarta parte de quienes hoy "estudian comunicación", pero ese 25 por ciento debe tener una formación muy superior a la que hoy exhiben cuando egresan.

cuelas de excelencia, como la Facultad de Periodismo de la Universidad de Columbia en Nueva York. Pero son postgrados excesivamente virtuales, contruidos al margen de una escuela de grado exigente y en foco con los asuntos primordiales de la profesión. Son cursos de actualización para gente inquieta, pero muy improbablemente surjan de ellos grandes profesionales del periodismo o excepcionales investigadores de la temática.

La actividad periodística y sus condicionamientos

Y más allá de la formación académica, la realidad hoy de los periodistas que trabajan, es que viven con terror a perder su empleo. No tienen posibilidades ni de imaginar años sabáticos ni de encarar actualizaciones y mejoramientos profesionales. Fuera de los medios gráficos, quienes se mueven en los ámbitos de radio y TV han devenido en productores de sí mismos, obligados a recaudar patrocinantes y, cuando les queda tiempo, a procurarse información para su tarea específica. A esa menesterosidad cotidiana derivada de la forma adoptada en el gremio por la flexibilización y el achicamiento de las empresas, se une el espíritu de la época, que ha insuflado un cinismo político inaudito a la mayor parte de los profesionales argentinos.

La búsqueda de la perfección en los espacios periodísticos de la televisión, por ejemplo,

suele ser una batalla perdida ante los embates de las exigencias del medio, que abiertamente prioriza el escándalo, la truculencia y la frivolidad, todo en el marco de un supuesto dinamismo que es pura rapidez insensata. Diarios y revistas han cambiado de piel de manera veloz e irracional, han perdido editores que navegaban por la mejor época de sus vidas periodísticas (entre los 45 y los 55 años) y se han cubierto con redacciones juveniles y a menudo intrépidas en las que abunda la búsqueda del impacto, asociada con una temible falta de profundidad y conocimientos detallados.

El universo periodístico argentino no es ni mejor ni peor que la política de este país, con muchos protagonistas talentosos y trabajadores, y muchos otros indecentes y mediocres. Brilla, sí, por su ausencia una auténtica mirada crítica. Ningún diario nacional que se edite en la Capital tiene un defensor del lector. Si bien los esfuerzos del diario "La Nación" por ser transparente con algunos de sus errores deben ser reconocidos, no se produce en el periodismo argentino un auténtico y sólido desarrollo en serio de la

filosofía de la fe de erratas. En este país, cuando los medios admiten que deben rectificar un error, sólo aceptan publicar en su lugar una "aclaración" vergonzante.

Otro dato relevante del universo periodístico local es la presencia de la mujer en el medio, una tendencia muy fuerte que se ha hecho hasta casi hegemónica en los últimos años. Con cargos nunca antes cubiertos por mujeres y ahora asegurados por periodistas de ese género, el movimiento ha sido evidente y muy positivo. No hay, es cierto, medios conducidos por mujeres en el mayor puesto profesional, pero conductoras de radio y TV, secretarías de redacción y mujeres corresponsales y enviadas especiales abundan ahora como nunca, lo cual le da a la profesión nuevas sensibilidades, colores diferentes, aproximaciones nuevas.

En la Argentina hay, en rigor, un

solo grupo multimedial verdadero, que es "Clarín". Otras experiencias han quedado a mitad de camino o son demasiado coyunturales y corruptas (como la central de medios de Daniel Hadad, presente en varios formatos).

La influencia de un grupo como "Clarín" en los medios propios (el diario, Canal 13, Radio Mitre, la señal Todo Noticias, la agencia DYN y otros) es muy ostensible: pone en red a la mayor parte de sus recursos, uniforma y achata las características específicas de cada uno de ellos y suele aglutinarlos para tomas de posición corporativas muy precisas y taxativas. En el caso de grupos mixtos (comunicaciones, periodismo y otros emprendimientos), como las propiedades de Telefónica en la Argentina (Telefé, Radio Continental), la concentración supone muy precisas normas de condicionamiento ideológico en relación a los intereses de la corporación madre.

Finalmente, y teniendo en cuenta el año electoral donde los periodistas juegan un rol importante en este escenario político, quisiera agregar como ciudadano y periodista, que no existe contradicción alguna entre ambos roles. Que uno puede defender de manera honorable no sólo unos principios sino también ciertas miradas propias, sin que esto aniquile el desempeño profesional. En todo caso, siempre se presentan dilemas más o menos espinosos que se van resolviendo

acorde con las humanas posibilidades. Mi compromiso con el ancho espectro de matices que es mi obligación preservar para un público diverso y cambiante, no anula la emisión de mis propios y personales registros, incluyendo exaltaciones y vituperios, condenas y absoluciones. A menudo, el problema principal deriva de la falta de acceso profundo y sin concesiones a ciertos temas y personajes que, alertados por el perfil alto e innegociable de ciertos periodistas, quitan el cuerpo al debate libre con estos, condicionando el resultado del desempeño de los mismos. Mi condición ciudadana no sólo no se halla en contradicción con mi profesión de periodista, sino que a menudo se potencia y se enriquece en una misma persona, que ha hecho de su actividad una manera de ser y habitar el mundo. ■

Tram(10)as

Soporte para avisos publicitarios. Hacia la pesificación de las noticias



“Los oficiales que vieron morir a Santillán abandonaron la institución. Nunca más se supo de ellos, del caso no se habló más (...)”.

Manuel Santillán, El León (1993)

Los Fabulosos Cadillacs, Vasos Vacíos.

CLAUDIO GÓMEZ

Es profesor adjunto del Taller de Producción Gráfica II y Director del Programa de Investigación Periodismo, Comunicación y Medios, de la FPyCS de la UNLP. Además es periodista y editor en diferentes medios

Permítame el lector avanzar este párrafo en la primera persona. Hace unos días, un amigo me sinceró que estaba podrido del periodismo. No es ninguna novedad que haya gente cansada de ciertas estrategias periodísticas; es inusual que el fatigado sea -igual que éste que escribe- un periodista.

La duda es el espíritu de la filosofía, pero no puede ser la esencia ni el producto de una noticia. En esta Argentina en crisis, la problemática social emergente es también consecuencia de las permanentes punciones informativas. Ahí

están el periodismo y los medios de comunicación como otras tantas de las instituciones que, de a poco, pero en corto tiempo, también deberán rendir cuenta de sus aciertos y errores ante un público dispuesto a tomar declaración a todos los protagonistas de la escena nacional.

“La sociedad de los años ochenta irrumpió con un despliegue de nuevas tecnologías de comunicación, que lleva a muchos teóricos a hablar de la sociedad de la información como rasgo distintivo de las nuevas formas de capitalismo. En

ANCLAJES

Europa termina medio siglo de monopolio de la televisión pública y comienza un proceso feroz de privatización. Tal es la irrupción de la televisión comercial, que hasta surgieron jefes de Estado apoyados en la televisión, como Silvio Berlusconi en Italia", relata Eduardo Anguita, en su libro "Grandes Hermanos"¹.

Y sigue: "Por otra parte, las empresas televisivas no responden más al patrón de la integración vertical, y que enlazaba los canales con productoras de programas ómnibus o de telenovelas, radios o compañías de tecnología, equipamiento y de servicios de comunicación.

Desde fines de los ochenta, la industria de la televisión se convirtió en un eslabón más de corporaciones que ligan las empresas de medios con bancos o fondos de inversión que saltan de un sector a otro de la economía en base a criterios de rentabilidad, pero también de posicionamiento y competencia con otras corporaciones".

Lo cierto es que en pleno siglo XXI a casi nadie escapa que los medios no funcionan sino como "empresas periodísticas". Esta nueva definición de los intereses y características de los medios de comunicación revela el primer objetivo de su misión, que no es otro que el de obtener beneficios económicos por sus servicios. Tal como cualquier empresa.

Así, la información y la opinión periodística aparecen como una mercancía cuyo valor puede observarse desde dos ángulos diferentes: cuando aparece publicada o cuando no aparece publicada. En definitiva, la exhibición o la negación de una determinada noticia obedece a la conveniencia de su uso y a ninguna distinta cuestión.

¿Hay detrás de esa decisión

una moral periodística que todavía predomina por encima de otros intereses?, ¿acaso se trata de una ética que camina cuidadosamente entre el abismo de la responsabilidad social y los intereses económicos? En torno a esa duda se mueve aún el circuito periodístico ¿Cuánto tardarán los receptores en hallar la definitiva respuesta?

El público duda si la mutilación de vacas es consecuencia de vida extraterrestre o si se trata del chupacabras o de la acción de experimentos científicos desconocidos públicamente. También duda sobre si esa noticia merece el tratamiento que tiene en los medios ¿o se trata de una nueva operación de prensa para ocultar la realidad política y social del país? ¿Yabrán está vivo? ¿Quién mató a María Marta?

A esa concepción pública de la información periodística y aún de los medios de comunicación, hay otra que exime precariamente a los periodistas empleados de los medios. Se supone que los periodistas son más inocentes en la concentración informativa: porque si no cumplen con su trabajo, lo pierden.

Habría, entonces, en esa instancia, un valor tangencial: la moral, única e intransferible de cada periodista. Pero ese juego, se sabe, es peligroso. Hay algo de extorsión ahí: informar en contra de los propios principios, informar mal o directamente no informar. Todo porque no conviene al momento y, por supuesto,

1 Anguita, Eduardo, *Grandes Hermanos*. Ediciones Colihue. 2002

porque va en contra de los intereses de la empresa.

Y más allá de las formalidades y del grado de responsabilidad propia que atañe a cada periodista, el cambio en la ética informativa debe iniciarse. "La noticia es un síntoma social", opina César Díaz en su libro "La Cuenta Regresiva" y si es así ¿no deberían los síntomas actuales aconsejar una rápida consulta al Interior de la sociedad, antes de que la enfermedad teja consecuencias más profundas?

Se trata de iniciar un debate y no de presentar conclusiones definitivas a la ética del periodismo en una Argentina en crisis. Un experimento de Marshall Mac Luhan, realizado con alumnos de escuelas primarias, sobre qué era una bacteria, arrojó resultados simpáticos y aterradores. "Son bichitos que se comen la ropa", respondieron los chicos. La influencia de los medios de comunicación en la interpretación de la realidad social no está en duda: desde la venta de un jabón en polvo hasta el entendimiento de un episodio de muerte o sobre las causas de un rápido llamado a elecciones presidenciales.

Sin embargo, los medios ya saben que la gente sabe cómo se manejan informativamente. De manera que no les interesa ocultar los repentinos cambios de conducta sobre diferentes temas.

Sobre el periodismo

En realidad, podríamos decir que el periodismo es un oficio

y opinar también que la conceptualización de esa práctica es la academia. Hace apenas unos cuantos años atrás, cuando las redacciones estaban bastante más pobladas de redactores y cronistas, y cuando el taller y las oficinas de corrección y diagramación eran áreas independientes, el periodista era eso: simplemente un periodista.

Eran tiempos en los que los gremios de prensa custodiaban las jerarquías y los escalafones de sueldos estaban con algunas diferencias según la envergadura del medio- generalmente equilibrados.

Observará el lector la imprecisión en los tiempos. Es que no es sencillo marcar con una cruz el suceso que modificó la profesión del periodismo; es imposible referir un sólo hecho que identifique el comienzo de un proceso de mutación que convirtió a los medios en empresas sin mayor compromiso social y a sus trabajadores en instrumentos a su servicio.

Parece cuento repetido abundar sobre el rol de los medios de comunicación en el siglo XXI. Parece, esa idea, el título de un libro apresurado. Sin embargo, en descubrir esa fun-

ción, esa misión, está la clave de la práctica del periodismo.

El aumento del instrumental tecnológico en las redacciones, por caso, señaló siempre -incluso por quien esto escribe ahora y escribió diferente antes- como el principal motivo del desalbo de personal en la era de la globalización, es menos dañino que la desidia. Incluso, las causales económicas siempre a mano para justificar recortes, despidos, fusiones o quiebras no son tampoco siempre la verdadera razón de las desinteligencias periodísticas.

Se trata en realidad de la falta de responsabilidad profesional y de compromiso social que evi-

*En realidad, podríamos decir
que el periodismo es un oficio
y opinar también que la
conceptualización de esa
práctica es la academia.*

dencian los medios, cuando aplican la tecnología y los recursos económicos a editar productos periodísticos de manera automática, sin reparar en mensajes ni discursos.

Hacen un medio con el slogan "que salga", no importa con qué noticias, con qué opiniones. Sólo en la búsqueda de un resultado inmediato: convertirse en soporte de avisos publicitarios o en mecanismos de presión a empresas privadas o públicas.

Para eso les alcanza con que el producto salga cuando tiene que salir, con la misma responsabilidad con la que el vecino saca la bolsa a la calle: para que se la lleven. Unos cuantos cables, entrevistas telefónicas y refritos pueblan mayoritariamente las páginas de los diarios y un nivel de material similar los programas de

radio y de televisión. Las coberturas in situ, en las que se obtienen las observaciones que enriquecen las crónicas, a la manera de las "Aguafuertes" de Roberto Arlt, desaparecieron de escena.

Hace 20 años, los viejos periodistas enseñaban el oficio a los novatos en las propias redacciones. Una objetividad pretendida hacía de esquema básico para aprender la redacción de las noticias.

La historia refiere que el primer vocero de prensa de la recién refundada ciudad de Buenos Aires fue Juan Alba. Estuvo encargado de informar a los vecinos "las novedades de interés común y las disposiciones de gobierno". Alba, por esa función, no recibía paga alguna, ya que un acta del Cabildo, fechada el 9 de julio de 1590, indicaba que "debíase pregonar sin pago, cuando se

tratare de asuntos de interés para este Puerto" ².

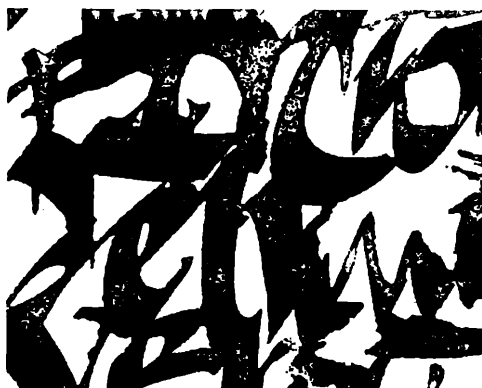
Alba no sabía leer, pero tenía buena memoria. Esa virtud le permitió repetir -sin duda con debida exactitud- la voz del escribano del Cabildo y otros funcionarios, durante más de quince años. Juan Moreno reemplazó a Alba y Diego Rivera o de Rivera a Moreno.

Juan Moreno, el nuevo pregoneiro, reclamó un sueldo y el Cabildo reconoció el pedido. Pero imposibilitado de hacer efectivo el pago por no vulnerar el espíritu del acta mencionada, decidió un ardid administrativo. Le dio al hombre también la tarea de verdugo y un pago por esa función. Moreno fue al mismo tiempo vocero y verdugo. Informaba -suponemos- sobre los que iban a morir y luego, claro está, los mataba o torturaba. Así comienza la historia. ■



2 Lanata, Jorge, *Argentinos*. Ediciones B, grupo Zeta, Pág. 59. 2002.

El futuro pasa por la academia



Desde hace algunos años existe un larvado debate en torno de las ventajas y desventajas que tiene el periodista de oficio respecto del egresado de las facultades de comunicación y viceversa. Muchos consideramos que es un debate estéril porque -perdón por la frase hecha, pero viene al caso- “todas las comparaciones son odiosas” y porque se conocen talentosos periodistas de oficio como también se conocen talentosos periodistas provenientes de la academia. A la inversa, se conocen periodistas de ambas vertientes que son verdaderas vergüenzas para la profesión. Como también se sabe de “periodistas” de oficio o de academia que venden su

pluma por uno o por muchos pesos. Los menos, debe destacarse. Pero los hay.

Los periodistas de oficio no renegamos de serlo. Pero eso no implica que peleemos contra los molinos de viento. Ni que nos enfrentemos con el imparable paso del tiempo y las cambiantes exigencias del mundo actual. Ergo, estoy convencido de que el futuro pasa por la Universidad.

Hace 4 ó 5 décadas no se conocía en el país otro periodista que no fuera el de oficio. No existían las facultades de la comunicación y los que ingresaban a los medios, básicamente gráficos, eran autodidactas, jóvenes que habían leído mucho y lo seguían haciendo, que “escribían bien” y sentían la necesidad de hacerlo para miles de lectores. Y la manera de ingresar al medio era a través del contacto que algún amigo o pariente tenía con el director o secretario de redacción. Entonces “se hacía la facultad” en la propia redac-

JOSÉ ENRIQUE VELÁZQUEZ

Es Director de Prensa del Ministerio de Economía de la provincia de Buenos Aires y columnista de la agencia informativa AIBA Noticias. Trabajó en “La Razón” de Buenos Aires, desde 1954 hasta 1976. Colaboró con publicaciones de Venezuela, Perú y Brasil, entre 1976 y 1982. Trabajó en “Crónica”. Fue Director de Prensa del Ministerio de Salud bonaerense. Autor del libro “El peronismo en los 90 ¿Reelección o muerte?”, Ediciones Interocéánicas, 1996.

ción. Muchos, como en la Universidad, quedaban por el camino. No soportaban completar el periplo, que siempre ha implicado sacrificio y esfuerzo para obtener sólo una decorosa -muchas veces magra- recompensa económica. Seguramente, en esos casos, la vocación, "el fuego sagrado", estaban ausentes y el fracaso era un destino inevitable. Otros, muchos también, completaron la trayectoria. La mayoría de éstos de manera anónima y modesta. Los menos alcanzaron el éxito y la fama. Y con ello, succulentos ingresos. En especial cuando pasaron a ser estrellas de televisión.

El periodista de oficio, el que sigue con la profesión afrontando todos los avatares, también estudia. A su manera, con su propia metodología, a veces anárquica, a veces ordenada y prolija. Pero necesariamente debe estudiar. El que no lo hace, tarde o temprano queda relegado. Incluso, para hacer una nota o un reportaje, no puede dejar de leer todo lo que está a su alcance sobre el motivo de la nota o el personaje a reportear. Muchos periodistas (sobre todo reporteros gráficos) han sido testigos del asombro de algún entrevistado, por el conocimiento que de su actividad y de sus antecedentes demostraba el periodista que hacía el reportaje.

La cuestión de la práctica

Es una suerte de axioma la crítica hacia la Universidad, en la

que se marca como su gran problema que le brinda al graduado mucha teoría, pero muy poca práctica. Se olvida señalar que aquel que llega a periodista de oficio, cuando comienza como simple aspirante tampoco tiene práctica. En tal caso, la ventaja es del graduado porque desde la teoría ha avanzado en los conocimientos básicos (y algo más) del funcionamiento de los medios de comunicación y de la profesión. Entonces la pregunta que cabe es por qué el encargado de reclutar o seleccionar al futuro integrante de la redacción acepta a un aspirante de oficio. Sólo se guía por su percepción para ver en el joven aspirante a alguien que puede convertirse en el futuro en un buen periodista. Su actitud, algunos textos que lleva escritos, el diálogo que mantiene con el reclutador, son los más importantes indicadores que se toman en cuenta a la hora de tomar la decisión de incorporarlo o no.

Quien selecciona es generalmente un periodista de larga trayectoria en el medio. Conoce perfectamente ciertas condiciones que debe llenar el aspirante para que sea considerado un factible proyecto de periodista: los textos escritos, su curiosidad por lo que ocurre, la sensación de que posee ese fuego sagrado que hace que "nada de lo humano le sea ajeno". Nunca. Porque eso es lo que define al periodista, sea de oficio o de academia: es periodista siempre, esto es, las 24 horas del día.

Dice uno de los fundadores de TEA (Taller Escuela Agencia), el periodista Carlos Ferreira, que



"aquel estudiante de periodismo al que se le pregunta qué vio cuando iba hacia la Escuela y contesta que no vio nada porque venía abstraído en sus pensamientos, no tiene futuro en la profesión. Porque el periodista o el que aspira a serlo observa permanentemente todo lo que acontece en su entorno. Creo que el ser periodista es un estar afuera permanente, porque nos transformamos en los ojos y en los oídos y en las palabras de aquellos que no ven ni oyen lo que ha sucedido, y no tienen dónde decir o contar lo que ha sucedido".

Estas opiniones son compartidas por la mayoría de los pe-

riodistas, como lo es el pre-concepto que antes mencionáramos sobre las desventajas del periodista universitario. Con lo que no coincide otro de los fundadores de TEA, Carlos Ulanovsky, afirma: "todavía persiste el debate, la polémica, acerca de si los periodistas nacen o se hacen. Yo, que soy uno de aquellos que nacieron periodistas, hoy lamento no haber tenido un paso universitario previo". Y añade: "nuestro objetivo es formar a alguien que pueda, sin ningún menoscabo, entrar a una redacción, sentarse a una máquina y escribir una nota, el primer día que vaya a la redacción. Nuestro primer interés es darle una formación eminentemente práctica. Y junto con eso hay una serie de objetivos igualmente importantes como distintos, de modo tal que el alumno salga actualizado de todas las cosas que se hacen en el mundo". Y no es un tema menor otra afirmación de Ulanovsky sobre los objetivos de la escuela, "queremos que el alumno salga con la convicción de que vale tanto ser un buen periodista como ser una buena persona y que vale tanto escribir bien como ser digno. Que vale tanto saber descubrir una noticia o tener la posibilidad de presentar un buen sumario de notas, como ser un buen compañero, ser solidario".

La postura antiacadémica

En la postura "antiacadémica", uno de los más terminan-

tes y lapidarios es Jorge Lanata quien, haciendo honor a su estilo, afirma "en general, los profesores de periodismo son periodistas fracasados; entonces no pueden formar más que periodistas fracasados. Es muy difícil que formen periodistas exitosos". A esta discutible definición, el fundador de "Página 12" suele agregar una que es parte de otro debate inconcluso: "la currícula de la carrera de periodista en la Universidad de Buenos Aires fue hecha por sociólogos, psicólogos, pero no periodistas, lo cual habla bastante mal de la carrera. No creo que una carrera que no fue preparada por periodistas sirva para formar periodistas". En esa línea de pensamiento alguien ha dicho "se puede jugar al periodista en una escuela. Pero no te van a dejar jugar al periodista en una redacción".

En parecida corriente, la periodista Claudia Acuña dice "el plan de estudios que había en la escuela donde yo estudié estaba totalmente divorciado de la realidad que luego viví. Había muy pocas horas dedicadas a la práctica periodística y demasiadas a las materias de formación general, que son importantes porque hacen al analfabetismo ilustrado con el que llega generalmente un aspirante a periodista cuando ingresa en la carrera, pero que no hace a los problemas prácticos con los que se va a encontrar" y luego señala: "la gran escuela, para mí, fue el trabajo en un medio. Con sus



pros y contras. Sólo podía contar con mi sentido común, porque no tenía la experiencia que debiera haber logrado en la escuela donde intenté contar con una adecuada formación". El mismo Lanata agrega algunas expresiones que son compartibles o por lo menos son menos terminantes en la descalificación. Así es cuando señala que los periodistas a los que les va bien en la profesión tienen una evidente falta de tiempo para enseñar. Añade, al respecto: "éste es un problema real, que baja el nivel académico de la facultad". Prosigue con otra afirmación que, aunque en la actualidad se ha relativizado, mantiene vigencia: "el ingreso a los medios es muy arbitrario. Sólo se entra si se conoce a alguien; si no se tiene un conocido es prácticamente imposible ingresar". En su descarga de muni-

ción gruesa, Lanata plantea también lo que parece ser una coincidencia total entre los periodistas (incluso se advierte entre los estudiantes de la carrera un concepto similar) respecto de que un dato básico, esto es saber utilizar adecuadamente la computadora como procesador de textos (saber "escribir a máquina") no es una exigencia que pueda ser satisfecha por la Universidad. La mayoría señala que la escasez de computadoras impide que los alumnos ejerciten lo suficiente y puedan ingresar a la redacción sabiendo procesar un texto con rapidez. Además de esto se vuelve sobre el reiterado latiguillo de "la falta de práctica". Que se suma a la carencia anterior. Pero ambas -aunque sea reiterativo debe insistirse- son carencias que también sufren los "de oficio" que se inician en un medio. Es obvio que carecen de práctica y que tampoco saben utilizar el procesador de textos, para lo cual deben tomar clases en alguno de los tantos cursos que existen.

Si se intenta parangonar entre aspirantes de una y otra extracción, las condiciones básicas que ambos deben tener

los hace similares, porque la vocación de periodistas y el talento son indispensables para continuar ejerciendo la profesión en algún medio.

Si bien es cierto que al trabajar en un medio los egresados se encuentran con problemas o cuestiones que no les habían enseñado en la Universidad, para los de "oficio" también son complicaciones desconocidas. La experiencia se va ganando en la diaria pulseada contra el cierre en la redacción de un medio gráfico o contra "la tiranía del horario" en un medio radial o televisivo. Y el aprendizaje suele ser a los golpes. Sufriendo contratiempos, cometiendo errores, recibiendo alguna reprimenda. Claro que siempre hay un compañero con mayor experiencia que ayuda al novato señalándole cómo encarar la nota o el reportaje, qué corregir, qué acentuar. Aunque es cierto aquello que decía Lanata respecto de que una persona que trabaja en una redacción no tiene demasiado tiempo para enseñarle al que está al lado, porque tiene que terminar la nota, entregarla, y hay que cerrar.

La palabra "cerrar" posiblemente sea demostrativa de que la carencia inicial es común a los aspirantes, sean "de oficio" o "de Universidad", porque cuando uno le comenta a alguien que no ha trabajado en un medio sobre la angustia y el stress que conlleva el cierre, es mirado como si estuviera hablando en sánscrito. Sin em-



bargo, es una palabra clave en la jerga periodística. Pero que es una llusre desconocida para la mayoría de los aspirantes a periodistas. Como suelen ser desconocidas la manera de confeccionar un cable, encarar un reportaje o comenzar una nota...

En las redacciones no hay diferencia

Ya en los medios, con algún tiempo de experiencia, es difícil diferenciar al periodista de oficio del que proviene de la Universidad. Porque aquel que en muchos casos pasó por la Universidad, graduándose en letras o derecho, pero generalmente sin concluir la carrera que comenzó se ha capacitado, estudiando mucho, leyendo mucho. Sobre este punto hay también coincidencia entre los periodistas: "la clave es leer mucho, leer siempre". Pero no lo circunscriben al de oficio, también lo hacen extensivo al que proviene de la Universidad. Algún periodista de "La Razón" de los años '60, aquella del viejo edificio de Avenida de Mayo, recibió del bibliotecario una respuesta que ejemplifica claramente sobre esa condición fundamental: "ya no sé qué libro darte, te los has leído todos". Y se trataba de una biblioteca de más de 10.000 volúmenes. En esa misma línea el especialista del diario "Clarín" en política internacional y versado como pocos en el tango, Jorge Göttling, afirmaba que durante 20

años había leído un libro por día. Sin embargo, con excepciones, se advierte en los recién egresados de la Universidad que tienen una tendencia a sentirse ya en condiciones de competir por el Premio Pulitzer o de encarar la nota más importante del día. Y que consideran como menor cualquier otra tarea periodística. Una especie de soberbia intelectual que no se compadece con la profesión. La humildad quizá sea también una de las condiciones para encarar la profesión de periodista con posibilidades de continuidad. Fue un clásico durante muchos años el duro aprendizaje a que eran sometidos los recién ingresados por Félix Laiño, el mítico secretario de redacción de "La Razón" de sus años más exitosos. Los tenía durante semanas enteras, si no meses, escribiendo epígrafes de fotos que iban indefectiblemente al canasto de la basura o pergeñando titulares que jamás se utilizaron. Pero cuando "el maestro" consideraba que se había completado la desgastante preparación, que tenía el evidente objetivo de "bajarle los humos" al "García Márquez" de turno, imprevistamente le ordenaba al novel reportero que saliera a cubrir tal o cual nota. Superado el fastidio que a todos los jóvenes aspirantes les causaba esa "cuarentena" que en un primer momento les parecía absolutamente injusta, el baño de humildad que habían recibido los ponía con los pies en la tierra.

Que se conecta con lo que dice Carlos Ferreira: "a partir del momento que se intenta ser periodista, ya no se es la misma persona. Ya no puede ser una persona desatenta o una persona a la que se le escapan ciertos hechos. El periodista es una persona atenta hasta la neurosis". Y el mismo Ferreira agrega otro concepto que es definitorio: "cuando uno es periodista, morirá siendo periodista aunque no trabaje más en un medio. Periodista se es. Y se hace periodismo de muchísimas maneras. Si no se está en un medio, uno lo hace en el café, en la familia, con los amigos".

Retomando el tema de la soberbia o, con más propiedad, la carencia de humildad, en primera instancia surge como un defecto de la Universidad. Porque si bien no es reprochable que el joven recién recibido



se quiera llevar el mundo por delante o "comerse los chicos crudos", es claro que sufrirá más que el de oficio los contratiempos que surgen al trabajar en un medio. Y que, generalmente, son originados por el jefe de turno, al que no lo conmueven las calificaciones -por buenas que fueran- que haya tenido en su carrera el recién egresado ni sus pretensiones. Y exige lo que sea necesario para llegar a tiempo al cierre de ese día. Aunque ese necesario sea sólo el epígrafe de una fotografía. O un recuadrado de 8 líneas en un lugar inhospitable del diario. La falta de preparación para enfrentarse con esa severa realidad surge como un defecto de la carrera universitaria. Déficit que seguramente también tiene el aspirante de oficio, pero que puede atenuarlo y sobrellevarlo con mayor facilidad, porque al no contar con aquella formación universitaria no carga con el peso de cierta arrogancia que a veces genera la graduación.

La falta de práctica, destacada por la mayoría de los que han

opinado sobre la cuestión, si bien es común a ambos periodistas (el de oficio y el de Universidad), debiera ser resuelta oportunamente en el ámbito universitario. Y aunque no es reprochable que en las facultades se trabaje y se profundice sobre la teoría de la comunicación -al contrario, es imprescindible- paralelamente debería haber, y en muchos casos ya la hay, una práctica realista de las tareas en los medios. No sirve como preparación para trabajar en los medios, hacer artículos para simulacros de publicaciones o ensayos de notas. Debe vivirse la tensión del cierre como en los medios. Y afrontar los imprevistos que se presentan a cada paso en las redacciones. Ese choque con la realidad, el áspero trance de pasar de la teoría a la práctica, debería ser minimizado por la Universidad.

La especialización

A aquellos que sortean con éxito los escollos que en los primeros pasos en los medios aparecen a cada instante, los

invaden preguntas inevitables: ¿cómo saber cuando algo es noticia?, ¿debo especializarme en algún tema? El clásico periodista de oficio "sabía" de todo. Y, a pesar de que se dice que el que sabe de todo, no sabe de nada, sabía bastante de todo. Sin embargo, siempre hubo especializaciones y especialistas. Así como el mencionado Göttling se especializó en política internacional, otros se especializaron en política, economía, salud, policiales, deportes y otras. Y en la actualidad, aunque muchos sostienen -Lanata es uno de ellos- que el nivel profesional es muy bajo, mucho más bajo que hace dos o tres décadas, el nivel de exigencia del lector es cada vez mayor. Por lo mismo es mayor la necesidad de formarse y capacitarse. No sólo haciendo la carrera de grado en la Universidad, sino también cursando carreras de posgrado en la especialidad que se ha elegido.

Existe una notoria ventaja en el periodista egresado de la Universidad que ha hecho la carrera de posgrado sobre el

de oficio o incluso sobre el que "sólo" terminó la carrera universitaria. Porque aunque éste -como aquel- ha estudiado con una metodología y ha incorporado conocimientos que no están al alcance del aspirante de oficio, el que hizo el posgrado ha dado un paso más adelante que le permite tener ventaja sobre los otros dos, porque ha incorporado conocimientos adicionales y específicos, que no poseen los otros dos.

Y aunque -como decía el recordado periodista Rodolfo Audi- "hoy se premia la velocidad y no la veracidad"¹, el lector reconoce rápidamente al periodista experto en el tema que toca, sobre el que debió aprenderlo sobre la marcha para encarar la nota o el reportaje de ese día. Con mayor facilidad aún identifica a aquel que -como lamentablemente se ve, se escucha o se lee a diario- ignora cuestiones elementales de la materia que le ha tocado encarar en tal o cual circunstancia. El periodista que hace economía o el que hace salud, no

necesita ser economista o médico, pero casi. Y nada mejor que las carreras de posgrado para brindar ese "casi".

La demanda de graduados universitarios

En la actualidad, el preconceito negativo hacia el graduado universitario ha quedado bastante relegado. Afortunadamente. Como consecuencia, el universo periodístico argentino se va nutriendo día a día de nuevos profesionales de academia. Continúa habiendo periodistas de oficio. Y los habrá en el futuro. Aunque los medios demandarán más graduados universitarios. Por su formación y hasta por una cuestión de economía o de competitividad. Porque no hay duda de que el costo que demanda el aprendizaje práctico en un medio es mayor en el caso del aspirante de oficio que en el caso del que se graduó en la Universidad y muchísimo mayor que el que hizo además la carrera de posgrado.

En defensa de la formación

teórica, Miguel de Moragas Spa ha señalado: "la experiencia, ya de muchos años, de las Facultades de Comunicación ha puesto en evidencia que, a largo plazo, los mejores profesionales de la comunicación no acostumbran ser aquellos y aquellas que se destacaron haciendo prácticas en las aulas de periodismo, sino aquellos y aquellas que supieron aprovechar su paso por la Universidad para adquirir una formación humanística y social que terminaría dándoles la capacidad de aprender a saber, aprender a interpretar y aprender a comunicar. Este debería ser el objeto prioritario de la formación universitaria en comunicación. Hoy más que nunca cuando algunas técnicas, formatos y géneros de la comunicación cambian más rápidamente que la propia duración de los estudios universitarios. No hacerlo así sería suponer que la transformación de la comunicación es una cuestión únicamente de tecnología y no una cuestión de cómo saber usarlas para la producción

1 Audi, Rodolfo, Conferencia en agosto de 1993. La Plata.

y distribución de contenidos".² Instalado en el mismo campo, el profesor Washington Uranga afirma que la comunicación es una ciencia en proceso de desarrollo a diferencia de la ciencia consolidada. Y agrega una definición compartida por la mayoría de los periodistas: "esto quiere decir que si bien existe un objeto formal de análisis, que podemos ubicar en nuestro caso como la producción social de sentidos, no hay (y quizás no lo haya tampoco en el futuro) un objeto delimitado". Puntualiza que hay, en cambio, técnicas que desarrolla el profesional de la comunicación que se apoyan en la ciencia consolidada (por ejemplo la lingüística, la teoría de los signos y otras). "Es decir que las técnicas de la comunicación se sirven y aprovechan de la ciencia consolidada para lograr sus propios fines. No sobra decir que no se trata de una sola ciencia, sino de una multiplicidad de elementos que reafirman el sentido de la transdisciplinariedad de la práctica de los comunicadores. La

comunicación no podría ser entendida como ciencia, al menos en el sentido tradicional positivista. No lo es por lo menos en los términos en los que se conoce la ciencia consolidada en las ciencias duras. Su objeto no es su objeto.

Las prácticas sociales no se presentan ante el investigador como finiquitado, peinadita para la foto. También porque las prácticas sociales constituyen una realidad que cambia por la propia praxis humana, es decir dialécticamente (a través de un conocimiento compartido entre los interlocutores a través del diálogo y el intercambio) y no aleatoriamente".³

Dos destacadas periodistas, Magdalena Ruiz Guiñazú y Teresa Pacitti, coinciden en la necesidad de la formación universitaria. La primera, recordando que cuando ella comenzó en el periodismo no existía una carrera universitaria, admite que contar ahora con Facultades de Periodismo o de Comunicación Social, es sumamente importante para la profesión. Y ha reclamado:

"aunque no conozco los planes de estudios espero que incluyan mucha literatura. Y aunque es muy importante la literatura de ficción, debe haber mucha lectura de referencia". Teresa Pacitti, por su parte, no tiene ninguna duda: "todos los periodistas deberían ir a la Facultad. Tendría que ser una profesión jerarquizada como la abogacía, la medicina y otras. Debería ser obligatorio cursar los años de Facultad, de estudio científico riguroso. Y me parece esencial que los chicos hagan sus estudios en las escuelas de periodismo, las que sean". Además recuerda que hay que tener talento y toda la suerte del mundo "para que te vaya bien" en la profesión, porque "hay pocos puestos, pocas empresas, pocos medios para trabajar".

Esta última definición de Pacitti se relaciona claramente con el cuestionamiento que se hace actualmente a la gran cantidad de estudiantes de periodismo que hay en todo el país y a los pocos puestos de trabajo que hay. Lo cual es coyuntu-

2 de Moragas Spá, Miguel, "Las Facultades de Comunicación en el umbral de la era de Internet" en revista Chasqui.

3 Uranga, Washington, "Gestionar desde la comunicación-gestionar procesos comunicacionales". En Oficios Terrestres número especial 11/12, año 2002, pág.237.

ralmente cierto. Porque si bien hay muchos que estudian y muchos que se gradúan, también es cierto que, desde que surgieron las escuelas y/o facultades de periodismo, aparecieron novedosas técnicas y medios que se fueron abasteciendo de las nuevas camadas de periodistas.

Mayores oportunidades laborales

No ha pasado demasiado tiempo desde que aparecieron y proliferaron las radios FM y los canales de cable, generando un gran número de puestos de trabajo periodístico. Mientras se mantienen y ha surgido en la mayoría de las ciudades y pueblos del país una infinidad de medios gráficos que completan sus planteles con jóvenes graduados. Y no debería dejar de tenerse en cuenta la cantidad de oportunidades laborales que ofrece la comunicación institucional, aunque un sector del periodismo no lo asuma como un trabajo periodístico. Que para algunos no

es periodismo, sino un subgénero desdeñable. Aunque no es el tema central de este artículo, no puede menos que señalarse que el periodismo institucional, encarado profesionalmente, recibe iguales exigencias -en muchos casos potenciadas- a las que debe satisfacer el periodista de medios.

Porque si bien éste debe afrontar permanentemente la demanda del lector u oyente, que le toma examen todos los días, aquel debe enfrentar constantemente el requerimiento de los periodistas especializados que, en la generalidad, conocen más del tema específico que la mayoría de sus lectores u oyentes. Incluso su diálogo para adentro, es decir con quienes componen la institución a la que le hacen prensa, tiene alta exigencia por el conocimiento técnico que éstos tienen. Por lo demás, el aprendizaje en una oficina de prensa institucional tiene similares pros y contras que el que se efectúa en una redacción. El ingresante se en-

cuentra que no comenzará haciendo la gran gacetilla o una nota trascendental. Que debe comenzar recortando diarios, armando archivos, escuchando las noticias de radios y televisión, hablando mucho por teléfono y usando permanentemente la computadora y ese instrumento hoy imprescindible que es Internet. Pero sería materia de otra nota el tema del periodismo institucional. Lo cierto es que se han generado innumerables puestos de trabajo para los periodistas, tanto en el ámbito público como privado.

Es decir que entre radios FM, canales de cable, medios del interior y prensa institucional, existen en la actualidad muchas más oportunidades laborales para los periodistas que las que tenían hace 3 ó 4 décadas. Aunque la situación actual del sector no puede estar alejada de lo que ocurre en todo el país. La crisis atacó a todos y no podía estar a salvo el periodismo. Se cerraron muchos medios porque no pudieron afrontar la quiebra econó-

[Handwritten signature]

mica que sufrió el país. Y muchos periodistas, jóvenes y veteranos quedaron sin trabajo. En esta situación es donde surge una fuerte competencia para con el recién graduado académico. Porque es claro que cuando un medio necesita incorporar a un periodista, tiene alguna ventaja aquel que ya cuenta con experiencia laboral. Entre un periodista de oficio que puede mostrar el antecedente de haber trabajado en uno o más medios y un joven graduado sin experiencia alguna, generalmente se prefiere a aquel. Esto se relaciona con aquello que mencionamos antes sobre la economía, la competitividad y, también, el costo de oportunidad.

Las condiciones del periodista

Alberto Laya, quien fuera respetadísimo periodista deporti-

vo de "La Nación", le otorgaba gran relevancia al sentido común. Y decía que para intentar ser periodista, hay que tener sensatez. "Parece una paradoja porque el sentido común, la sensatez, es condición de la inteligencia, pero, en la opción, yo prefiero que el aspirante sea sensato y no inteligente". Y, como la mayoría de los que alguna vez han opinado sobre el tema, Laya decía: "el periodismo es una gimnasia cotidiana. Yo le aconsejaría a un chico que quiere ser periodista que sea un buen lector (y hoy, en nuestro país, son cada vez menos los que leen). Les recomendaría que lean buenos libros, comenzando por los clásicos, para alcanzar un buen estilo. El periodista que es buen lector, tarde o temprano contará con un buen estilo propio. Y también debe tener -el aspirante- fervor periodístico. El periodismo bien ejercido es una obsesión, una enfermedad..."

La sensatez y el fervor que privilegia Laya, el sentirse periodista las 24 horas que propone Ferreira, la especialización por la que aboga Pacciti, de-

ben reunirse de modo tal que una entrevista se convierta en una suerte de esgrima intelectual entre alguien que sabe preguntar, con alguien que sabe responder (porque conoce su profesión o su actividad) y, fundamentalmente, alguien que está en condiciones de repreguntar. El periodista de oficio que reunía las condiciones requeridas por Laya y Ferreira, se especializaba -como propugna Pacciti- estudiando a fondo al personaje y su obra. A pesar de no haber hecho ninguna carrera de posgrado. En la actualidad no tendrían que existir mayores diferencias entre ambos periodistas. Aunque el que hizo el posgrado podría estar mejor preparado, también tendrá que recurrir al archivo, a la biblioteca, investigar y "ponerse al tanto". Y ahora se cuenta con el invaluable aliado de la computadora e Internet, como para acceder a una información de una manera mucho más rápida que hace no muchos años. Si no se nutre de todos esos elementos, quien va a realizar un reportaje está cometiendo un acto de irrespetuosidad hacia el reportado pero, además, le quita a la entrevista la posibilidad de contar con el fundamental condimento de la repregunta.

Más graves aún son los casos como el que protagonizó el jefe de prensa de un ministerio provincial (periodista de oficio) quien, acompañando al ministro de turno durante una visita a una ciudad bonaerense, de-

Entre un periodista de oficio que puede mostrar el antecedente de haber trabajado en uno o más medios y un joven graduado sin experiencia alguna, generalmente se prefiere a aquél.

bió atender el requerimiento de varios periodistas. Uno de ellos, urgido porque debía "llegar rápido al canal" debido a que en pocos minutos comenzaba el noticiero, antes de comenzar a grabar le preguntó al funcionario "¿ministro de qué es usted?". Instantáneamente, el veterano jefe de prensa, de vuelta de numerosas batallas, interrumpió el reportaje con un comentario demoledor: "si no sabe de qué es ministro, mucho menos conocerá la materia que él trata, entonces ¿qué le va a preguntar? ¿si le gustó la ciudad?". Y, ante la sorpresa de su jefe y del reportero, dio por concluida la nota antes de que se iniciara.

En el otro extremo, en el género del reportaje se destacaron muchos profesionales. Uno de los más conocidos, por haber trabajado durante varios años en el diario "Clarín", justamente haciendo el reportaje de opinión a doble página de los domingos, es Jorge Halperín. Quien ha dado una definición que puede tomarse como una de las claves del periodismo: "mi trabajo es entender el tema y transmitirlo a los lectores con palabras sencillas". Y añadió: "incluso, la entrevista con un experto que comprende la necesidad de hablar de una manera distinta a la que es habitual en el ámbito académico, porque la mayoría de los lectores componen un universo no académico, permite relatar un tema complejo teóricamente en términos entendibles, casi de historias personales. Si hu-

biera tenido que hacer nada más que una nota sobre el mismo tema, me hubiera requerido un gran esfuerzo para hacer entender al lector pero, al mismo tiempo, carecería de la fuerza y la vibración que le pone un personaje cuando cuenta una historia. Esta es una cualidad especial de la entrevista". Es una cualidad especial del periodista, habría que completar.

El nivel profesional y la ética

La gran mayoría de los periodistas sostiene que en la actualidad el nivel profesional es muy bajo. No puede ser de otro modo en una sociedad que, indudablemente, se ha tornado mediocre. Tanto en quienes tienen vida pública -políticos, funcionarios o dirigentes de cualquier actividad- como en la población en general. Incluso esa caída en la mediocridad se advierte en la Universidad, con las excepciones que justifican la regla, claro. Y la Universidad es el termómetro de la calidad intelectual y científica del pueblo. Pero además la familia no cumple -también tomándonos

la libertad de hacer una arriesgada generalización- el papel protagónico en la formación del niño que tuvo hasta hace algunos años. Como dice el periodista y escritor español, Arturo Pérez Reverte, "no hay un manual de uso para la vida"⁴. Esos manuales de uso que acompañan siempre a la compra de un automóvil, un teléfono celular, un electrodoméstico o una simple bicicleta. Cuya adquisición no está completa si no se recibe uno de esos manuales. Pero desde hace algunos años se advierte la falta de "un manual de uso" para la vida. Durante mucho tiempo lo hubo en cada familia y en cada escuela. Hoy parece que ha desaparecido, aunque alguno todavía debe andar por ahí. Pero no es muy conocido o es ignorado. Y, generalmente no se entrega en el momento adecuado. Si es que se entrega alguna vez.

4 Pérez Reverte, Arturo, "Con ánimo de ofender". Ediciones Alfaguara. Pág.176

Los medios suelen mostrar, con desmoralizador regodeo, los llamados secuestros "express". Expresión sui generis que pocos entienden y a la mayoría no le importa entender, porque lo que sí importa es que muestran y explican -morbosamente didácticos- graves delitos contra las personas. Aquellos que cualquier manual de uso de la vida repudiaría tajantemente. Es claro que ese manual, que se aprende en el hogar y se completa en la escuela, debe tener recomendaciones generales y adaptaciones particulares. Las recomendaciones generales, aquellas que se aprenden en el hogar con el ejemplo de madres y padres, las del sentido común, las que hacen diferenciar el bien del mal, las del respeto por los otros, son base del manual de uso de la vida que todos tendríamos que conocer. Para el caso, deberían contar con él todos los aspirantes a periodistas. Obligatoriamente. La solidaridad, que recomendaba antaño el manual de uso, ha desaparecido salvo en raros nichos de la sociedad. Es muy posible que estemos pagando las consecuencias del genocidio cometido por la Dictadura Militar que nos asoló entre el '76 y el '83. Por un lado, porque hizo desaparecer una camada de jóvenes con ideales y formación que hoy constituirían la dirigencia. Por otro, porque hizo que los argentinos, por temor, prudencia o simple egoísmo, practicáramos de manera entusiasta la

filosofía del "no te metas". O la excusa autojustificadora del "algo habrá hecho". Ha ido prevaleciendo, poco a poco, la filosofía del "tener" sobre la filosofía del "ser"; del tener a cualquier costo y sin reparar en medios.

El periodismo no escapa a esta filosofía, porque también parece carecer de un manual de uso. Ese manual debe ser suministrado, a falta de provisión familiar, por la Universidad, en especial la Facultad de Periodismo. Porque, insistiendo con lo que suele repetir el ya mencionado Ulanovsky, "vale tanto ser un buen periodista como una buena persona; vale tanto escribir bien como ser digno".

En esa línea, la periodista Susana Grassi ha afirmado: "creo que la cuestión ética es el problema más grave que tiene el periodismo en Argentina. Por supuesto que también es un grave problema en otros países, pero la crisis económica lleva a una crisis ética y moral de esta profesión, en la que es mucho más fácil que en otras, transgredir los límites de la ética. Las escuelas de

periodismo pueden dar ciertas pautas, pero eso está inserto en cada persona. Y también está inserto en cada medio". La misma Susana Grassi, que es egresada de una escuela de periodismo, al analizar los beneficios -o perjuicios- de estudiar la carrera en la Facultad ha dicho: "en la escuela que estudié no recibí una enseñanza que me habilitara para trabajar en periodismo. Debí aprender trabajando, como el periodista de oficio. Sin embargo creo que ahora las escuelas de periodismo, las universitarias, dan más información, más formación y preparan al estudiante para trabajar. Estoy convencida de que los chicos que quieran ser periodistas deben estudiar en la Universidad, de modo de prepararse para una carrera que ha cambiado muchísimo en los últimos años y que cambia rápidamente, a la velocidad que tienen hoy los cambios en el mundo".

Las contradicciones

El periodista político (también el periodista institucional) se encuentra, reiteradamente, an-

*Vale tanto ser un
buen periodista
como una buena
persona; vale tanto
escribir bien como
ser digno.*

te la disyuntiva de anteponer su condición de ciudadano o de periodista. El cuestionamiento interno es habitual: ¿qué privilegio? ¿Al ciudadano que soy? ¿Al periodista que me considero las 24 horas del día? No es un debate menor, es una verdadera cuestión de fondo que tiene como base la discutida cuestión de la objetividad. Pero la mayoría acepta que hay una parte de subjetividad que no se puede soslayar. Seguramente los límites de la profesión tienen que estar marcados por el interés de la gente. Pero no de toda la gente, porque eso es prácticamente imposible, si no por el interés de los grupos de lectores. Porque muchos lectores saltan páginas enteras de los medios. Algunos no leen internacionales, otros no leen policiales y hay quienes omiten totalmente a las páginas de deportes. Y el periodista -el medio- debe tener noción de esa parcialidad que existe. Aún hoy la mayoría de los periodistas no tienen una definición clara sobre qué es noticia. Algunos definen a la noticia como la información relevante para una cantidad significativa de personas. Otros lo unen a lo novedoso, a lo que ocurre por primera vez. Y muchos relacionan una y otra definición.

También nos preguntamos y nos cuestionamos más de una vez sobre si debemos brindar

una noticia, a veces como trascendido o como versión, que termina siendo una profecía autocumplida. Como cuando algún periodista económico anuncia problemas o dificultades en un Banco. La inmediata corrida que provoca el mero anuncio de esa posibilidad, culmina inevitablemente con el cierre definitivo de la institución.

Siempre es motivo de análisis exhaustivo por parte del periodista y de los editores si es conveniente comunicar una noticia que puede ocasionar daños a la población o perjudicar los intereses del país. En estos casos, como en el de la información política o institucional, no sólo juega la objetividad periodística, sino también -más que en otras situaciones la subjetividad.

Viene al punto una nota publicada el año pasado, titulada "Corresponsales de Marte".

"Al lugar que va uno van todos. El que fue primero se pierde entonces la exclusiva, pero reivindica que tuvo la primicia. Si consigue mantenerla por algunas horas o unos pocos minutos, la pantalla de TV o los parlantes de la radio atosigan con su logro. No importa que sea la devaluación del peso, la renuncia de un ministro o la aparición de un cadáver. El tema es lo de menos. Lo que importa es la inmediatez. Como corresponsales de Marte, los

jóvenes periodistas -y no tan jóvenes- difunden cualquier cosa que se parezca a noticia. Aunque sea un remedo de ella. O aunque perjudique a todos los argentinos.

Un trabajo realizado por el profesor de Ciencias de la Información, Fernando Ruiz⁵, pone al desnudo esta mistificación de la profesión. Desde la teoría expone el papel fundamental en la preservación de la democracia que tiene el periodismo y su enorme responsabilidad social. Que no cumple, salvo en contadas excepciones. Afirma que los periodistas somos -también- dirigentes. Como la Universidad, como los intelectuales, tenemos la obligación de anticipar los caminos que puede seguir el país. Pero, en general, nos hacemos los desentendidos. Muchas veces nos instalamos como protagonistas.

Ante lo evidente del problema, Joaquín Morales Solá⁶ ha ensayado una incipiente autocrítica. No fue a fondo, pero efectuó el puntapié inicial. Poco después Osvaldo Pepe⁷, dio un paso adelante en el mismo sentido. Lo que plantea el profesor Ruiz es un desafío a dar ese debate que nos debemos. Aunque se mire para otro lado, la realidad hará entender que el periodismo no puede renunciar al papel que le toca representar.

Es inocultable que en la situa-

5 Ruiz, Fernando, Publicaciones de la Universidad Austral, julio/agosto 2002

6 Morales Solá, Joaquín . La Nación. 20 de agosto de 2002

7 Pepe, Osvaldo, Clarín. Noviembre de 2002

ción actual, la buena noticia no es noticia. Lo cual, aunque grave, no es terminal. Pero manipular la mala noticia de modo tal que sea peor aún, es sumamente peligroso.

El día que se encontró el cadáver del adolescente Diego Peralta, vilmente asesinado, las descripciones de los cronistas competían en truculencia. Sin sustento ni corroboración, las tremendas atrocidades que detallaban minuciosamente estaban sólo en la imaginación de algunos, como después de comprobó.

Aquel que en esa angustiante noche veía televisión, estaba sometido a un interminable acoso de dramáticas expresiones.

La reiteración de prácticas similares ha generado, en varios países, una importante caída de la imagen del periodismo. Tarde o temprano, esa caída tendrá como consecuencia la pérdida de lectores,

oyentes o televidentes, que es la sanción más grave que puede padecer un medio.

¿Nosotros, los periodistas?

Nosotros tenemos que observar y describir lo que ocurre. Cuanto más grave mejor. Incluso si no es demasiado cruel o brutal como para merecer una pantalla en rojo, le agregamos alguna pincelada de barbarie. Y todos contentos; en el canal o en la radio, claro. Al país que lo parta un rayo. Nosotros somos corresponsales de Marte.

Para cierto periodismo el tema es la primicia. No la persona. No importa si es verdad o mentira lo que nos han dicho. Y no importa que la versión nos llegara "de tercera mano". No intentamos corroborar la información porque si alguien la desmiente, chau noticia. La publicamos y listo. El problema es de los otros. No nuestro.

Cierto es que los temas tienen sus ciclos. Ayer era la inseguridad. Hoy la pobreza y la desnutrición. Mañana... ya aparecerá algo. Y de la pobreza o de los chicos de patéticas caritas famélicas, ningún medio se acordará hasta que aparezca la próxima encuesta. En vacaciones aparecerán los accidentes de tránsito. La población será atosigada durante una semana -no mucho más- con estadísticas conmovedoras. Vendrá el nuevo tema y hasta las próximas vacaciones. Se acabarán los accidentes.

Los corresponsales de Marte dicen lo que se les viene en

ANCLAJES

Nosotros tenemos que observar y describir lo que ocurre. Cuanto más grave mejor. Incluso si no es demasiado cruel o brutal como para merecer una pantalla en rojo, le agregamos alguna pincelada de barbarie.

gana. Siempre que lo que digan pueda generar más alarma o escándalo que la competencia.

Es claro que los periodistas no somos todos iguales. Eso obliga más aún a hacer la distinción. A ponerse el sayo o a asumir la responsabilidad de cada uno. Porque estos gilipollas, al decir de Arturo Pérez Reverte, deben estar íntimamente convencidos de que el día que Argentina explote -y ellos colaboran con envidiable entusiasmo para que ello ocurra- harán sus valijas, abordarán el primer plato volador y volverán felices con sus fami-

lias a sus cómodas redacciones. En Marte, claro".⁸

Las contradicciones ciudadanas del periodista

En cuanto a la información política en época electoral, como en el caso del periodismo institucional, los periodistas deben demostrar su profesionalidad haciendo prevalecer la objetividad sobre la subjetividad, aunque de ésta nunca podrán despojarse absolutamente. Pero si ésta predomina sobre aquella, el periodismo que se hace termina siendo panfletario y bien recibido sólo por aquellos que comulgan con las ideas del cronista, no por la mayoría de los lectores.

Si se intenta disimular ese estilo panfletario, serán muy pocos los lectores que puedan ser engañados. Se quedarán, finalmente, sólo con aquellos lectores que coinciden con el pensamiento del periodista y -

por algún tiempo- con los que son embaucados.

Sin embargo, aunque el periodista no pretenda hacer proselitismo, la puja entre sus ideas políticas con su sentido profesional es constante. En esos casos suele ocurrir que por momentos prevalezca su posición subjetiva como ciudadano y en otros predomine su objetividad profesional. En estas situaciones el lector comprende -aunque no lo intelectualice- ese tironeo interno del periodista y es indulgente con él.

Sobre el particular, el respetado sociólogo Heriberto Muraro ha señalado "el espacio público político es el "lugar" de competencia entre diferentes tipos de actores que toman la palabra para debatir cómo debe organizarse la sociedad... Los tipos de actores normalmente involucrados son políticos, periodistas, intelectuales, representantes autorizados u "oficiosos" de las corporaciones, voceros de lobbies empresarios y de movimientos sociales". Y agrega un concepto que compele a un sinceramiento: "cada uno de esos actores -los "notables"- se esfuerza por persuadir a los demás protagonistas para que apoyen activamente sus propuestas y para neutralizar a sus opositores actuales o potenciales". Al respecto, cuando se extiende sobre los medios y periodistas puntualiza que "buscan de su público la compra de un diario, la lectura de un texto o la exposición al programa radiofónico o de televisión, la cita ante ter-



⁸ Velázquez, Enrique, En "Anticipos" de *El Nómada*, 25 de agosto 2002.

JOSÉ ENRIQUE VELÁZQUEZ

EL FUTURO PASA POR LA ACADEMIA

ceros de aquellos como fuente autorizada".

Muraro introduce una descripción esquemática del espacio público político. En esa descripción divide a la sociedad en ciudadanos mejor informados, ciudadanos peor informados y excluidos. Dentro del círculo de ciudadanos mejor informados incluye otros tres círculos: el que corresponde a la elite política, es decir a todos los notables de los escenarios públicos políticos; otro para los periodistas y un tercero que corresponde a la clase política, integrado por funcionarios y dirigentes del oficialismo y de la oposición. El círculo de los periodistas se supone parcialmente con el que corresponde a la elite política. Lo explica sencillamente Muraro "debido a que algunos de los periodistas -aquí denominados "periodistas estrella"- pueden considerarse como verdaderos notables, cuyas opiniones tienen peso en la conformación de las corrientes de opinión, en tanto que otros no son sino modestos redactores o recopiladores de información relativamente anónimos, cuyos comentarios sobre la actualidad no tienen, normalmente, mayor trascendencia". Más adelante señala: "nadie se parece más a un político

que un periodista; en realidad, ambos tienen funciones relacionadas con el escenario público y, por así decirlo, su principal instrumento de trabajo es la palabra"⁹.

Muraro, citando a Dominique Wolton, afirma que "el periodismo y los políticos operan sobre criterios de legitimidad diferentes: para el periodismo, la veracidad de sus informaciones; para los políticos, el voto de los electores"¹⁰. "En consecuencia, la disputa por el reconocimiento no siempre es un juego de suma cero, lo cual permite plantear la posibilidad de que los ciudadanos entiendan que no tiene mayor sentido inclinarse por una u otra parte. O bien, que otorguen a unos y a otros premios y castigos de diversa índole. Sin embargo, la existencia de fuentes de legitimidad diferente no excluye la competencia permanente entre periodistas y políticos... Puesto que resulta imposible transmitir información acerca de un acontecimiento cualquiera sin formular de manera implícita o explícita un diagnóstico y un pronóstico acerca de los asuntos públicos y también un juicio de valor al respecto, los periodistas realizan tareas que se superponen con las de los políticos"

Situación parecida afronta el periodista institucional -sea de oficio o de Universidad-, cuya misión central debe ser informar a la población a través de los medios, qué ocurre en el organismo o institución donde desarrolla su tarea y, a la vez, informar a los funcionarios y directivos qué piensa la gente de ellos y de su tarea. Es claro que estos profesionales también deben luchar con sus propias contradicciones y con las prevenciones y desconfianzas que tienen la mayoría de los funcionarios sobre el periodismo y la mayoría de los periodistas sobre ellos. Cuando logran hacer prevalecer su profesionalidad, se ganan la confianza de los funcionarios como también de los colegas de los medios. Entonces tienen gran parte de la batalla ganada y pueden informar con objetividad y credibilidad.

Es claro que tienen otro frente de batalla, el que conforman las "consultoras de imagen" y los "operadores de prensa". Pero eso ya no es periodismo. En todo caso podría ser una vertiente de la publicidad.

En pocas palabras

La relectura del artículo hace que ratifique totalmente la definición inicial: estoy convencido de que el futuro pasa por la Universidad. Seguramente habrá durante muchos años periodistas de oficio pero los medios elegirán, cada vez más, graduados universitarios. ■

9 Muraro, Heriberto, *Políticos, periodistas y ciudadanos*. Fondo de Cultura Económica, pág. 63, 64, 68, 69, 73, 73, 74, 75

10 Wolton, Dominique, *La comunicación política; construcción de un modelo*. En Jeran-Marc Ferry, Dominique Wolton y otros. *El nuevo espacio público*. Barcelona, 1992.

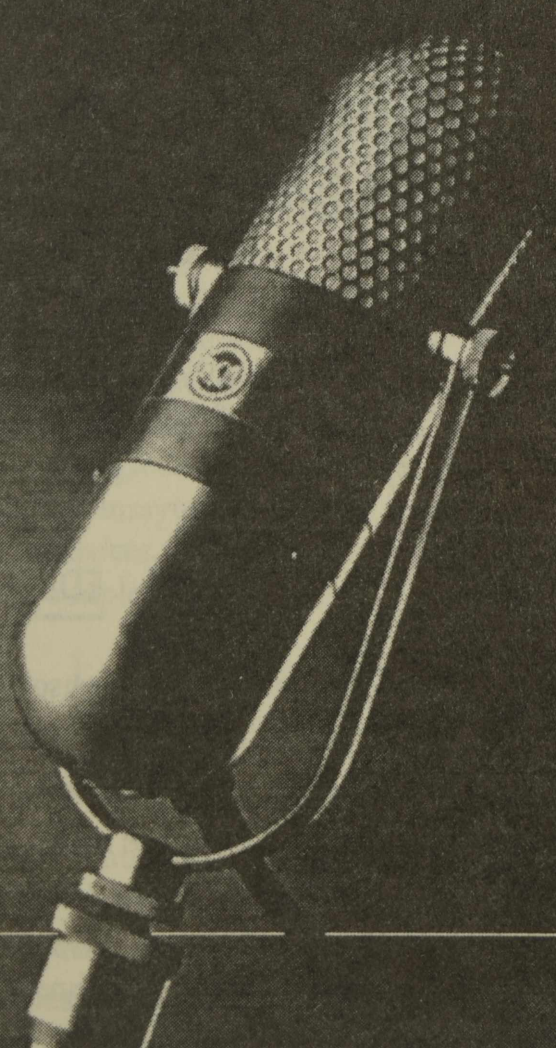
Bibliografía

- **AUDI, Rodolfo.** Conferencia en agosto de 1993. La Plata.
 - **DE MORAGAS SPA, Miguel .** "Las Facultades de Comunicación en el umbral de la era de Internet" en revista Chasqui.
 - **URANGA, Washington.** "Gestionar desde la comunicación-gestionar procesos comunicacionales" en *Oficios Terrestres* número especial 11/12, año 2002, pág.237.
 - **PÉREZ REVERTE, Arturo.** "Con ánimo de ofender". Edificio Alfaguara. Pág.176
 - **RUIZ, Fernando.** Publicaciones de la Universidad Austral, julio/agosto 2002
 - **MORALES SOLÁ, Joaquín .** *La Nación*. 20 de agosto de 2002
 - **PEPE, Osvaldo.** *Clarín*. Noviembre de 2002
 - **VELÁZQUEZ, Enrique .** En *Anticipos* de ALBA. 25 de agosto 2002.
 - **MURARO, Heriberto .** *Políticos, periodistas y ciudadanos*. Fondo de Cultura Económica, pág.63, 64, 68, 69, 73, 73, 74,75
 - **WOLTON, Dominique .** *La comunicación política; construcción de un modelo*. En Jeran-Marc Ferry, Dominique Wolton y otros. El nuevo espacio público. Barcelona, 1992.
- Otros textos entrecomillados fueron extraídos de reportajes y declaraciones en revistas, diarios, radio y televisión.



Area de Producción Radiofónica
Facultad de Periodismo y Comunicación Social
Universidad Nacional de La Plata





Noticiero Universitario

A favor de la educación
y la información
libre y gratuita

FM Centro 95.5

Cadena Radial Sat

Viernes 20 hs.

Entrevista a EDUARDO ALIVERTI

Por Laura Pellegrino

Según este periodista, varios son los interrogantes que surgen a la hora de conformar una alternativa posible que defina cuál debería ser la formación del periodista. Por eso, la propuesta debería centrarse en delimitar el análisis entre el oficio mismo y la academia.

“El egresado universitario es un comunicólogo, no un comunicador”

EDUARDO ALIVERTI

Es periodista, locutor y profesor universitario en la carrera de Ciencias de la Comunicación de la UBA. Es fundador y rector de ETER -Escuela Terciaria de Estudios Radiofónicos- y habitual conferencista sobre temas ligados a los medios de comunicación.

Actualmente conduce “Marca de Radio”, por Rivedavia, y es uno de los columnistas principales de “Página/12”. Dirigió varios trabajos filmicos de investigación periodística y efectuó numerosas coberturas en el exterior.

CONVERSACIONES

Tram(p)as: -¿Cuáles son las diferencias que podría identificar en la comparación entre un periodista de oficio y un egresado de las carreras y facultades de comunicación?

Eduardo Aliverti: -En radio y televisión, el llamado periodista "de oficio" no cuenta, en Argentina, con una buena base de conocimiento teórico. La filosofía, las ciencias políticas, la curiosidad en materia de sociología de masas e, inclusive, el aspecto lingüístico y literario (entre otros saberes), le son ajenos. En la prensa escrita, en cambio, hay colegas de fuerte basamento teórico. Por el contrario, lo que llamaríamos un egresado "medio" de las carreras universitarias de comunicación dispone de un bagaje intelectual importante que lamentablemente no tiene correlato con la práctica profesional a lo que accedió.

T: -¿Existen coincidencias particulares entre un periodista de oficio y un egresado de la academia?

E.A.: - No veo que existan coincidencias particulares entre un periodista de oficio y un egresado de carreras comunicacionales, fueren universitarias o terciarias. El punto anterior explica que, en realidad, existe un choque formativo. Tomemos un egresado tipo de cualquier carrera de ciencias comunicacionales de nivel universitario, en todo el país. En términos de sapiencia radiofónica, por ejemplo, puede ser capaz de trazar paralelos entre diferentes variantes de la teoría de comunicación de masas, mientras que a la par no sabe estructurar un simple guión de programa. Podemos encontrarnos tranquilamente con egresados universitarios habilitados para elaborar ensayos teóricos de distinto tipo, y a su vez incapaces de redactar un boletín informativo o una simple crónica.

T: -¿Cuál cree que es el perfil del egresado universitario en la actualidad?

E.A.: - Es el de un comunicólogo, no el de un comunicador. Lo cual no tendría por qué tener nada de negativo, si no fuera porque se trata de opciones que el alumno no tiene claras en absoluto cuando comienza la carrera.

T: -¿En qué aspectos debería modificarse la enseñanza del periodismo en las carreras de comunicación?

E.A.: -Modificar la enseñanza del periodismo implica tener en cuenta, como uno de los aspectos primordiales, lo señalado en el punto anterior. Debería atenderse a la necesidad de acentuar una dirección propedéutica en el desarrollo de la cursada, con una base común de apropiación de conocimientos teóricos para luego ejercitar, de manera concreta, el perfil que se desea adoptar para la práctica profesional. En este último sentido cobran importancia decisiva la experiencia y actualización mediática del cuerpo docente, así como el nivel de equipamiento tecnológico en el caso de radio y televisión. Por desgracia, y por varios factores, las aulas universitarias están pobladas de profesores con nula inserción (y nulos antecedentes, incluso) en la práctica del periodismo.

T: -¿Qué tipo de formación debería tener un periodista para desarrollarse profesionalmente?

E.A.: -Debe ser integral. La dinámica del mercado laboral no aconseja en ningún caso que la especialización en una rama determinada se desprenda del conocimiento y el ejercicio del resto de las áreas. Se suele pagar muy caro la deficiencia de ser, por caso, un buen redactor de gráfica que desconoce el abc del lenguaje televisivo y radial. Y viceversa.

T: -Las carreras de posgrado ¿aportan a esa formación?

E.A.: - No encuentro que las carreras de posgrado aporten a solucionar, de modo estructural, lo que vengo señalando.

T: - ¿Cómo podría definir el universo periodístico argentino teniendo en cuenta los periodistas que hoy lo conforman?

E.A.: - Recién en los últimos años se produjo cierto recambio generacional en el universo periodístico argentino. Salvo contadas excepciones, como los casos de Radio Belgrano durante la "pri-

Entrevista a EDUARDO ALIVERTI

Por Laura Pellegrino

mavera" democrática, la revista "El Porteño" y el diario "Página/12", la década del 80 mostró la supervivencia de los periodistas que protagonizaron información y opinión durante la dictadura. Recién en los 90 pudo entreverse una nueva camada de prensa, de, como quedó dicho, paupérrima formación teórica, con un nivel de despar-

pajo que le allegó aire fresco a la profesión. En la actualidad, el escenario puede dividirse entre un ambiente gráfico donde las mejores plumas continúan proviniendo de los "viejos" maestros de las décadas de los 60 y 70; un plano radiofónico que trajo novedades interesantes, pero en el que a su vez predomina la calidad de los periodistas consolidados en los 80, y un circuito televisivo donde el show periodístico prevalece, las más de las veces de manera exasperante, sobre el periodismo propiamente dicho.

T: -¿Qué factores limitan la actividad profesional de los periodistas?

E.A.: - Los grupos multimediales influyen de estresante forma en el trabajo profesional del periodista. Por empezar, ya no puede hablarse de multimedios sino de megacorporaciones que ejercen el periodismo y la comunicación como un negocio más. Blanco sobre negro, hoy puede llegarse a no saber qué interés comercial o de poder se está afectando con alguna información u opinión que se brinde, para no hablar de los condicionamientos y autocensura impuestos por ese entretejido de intereses: propietarios mediáticos que lo son también de aeropuertos, empresas de medicina prepaga, emporios de telefonía, etc. Hablamos además de un trabajador de prensa cautivo por la totalidad de los medios del grupo.

T: - Estos tiempos electorales, ¿influyen en algún tipo de contradicciones entre la posición como ciudadano y la tarea profesional?

E.A.: - Las contradicciones entre la posición como ciudadano y la tarea profesional en un año electivo no tienen nada de especial, en tanto se interprete que la objetividad es un sueño de los tontos y que el periodismo se ejerce, siempre, desde algún lugar ideológico. No existe la independencia del periodista, sino la libertad de decidir cómo administra su posición política, el rigor profesional y las presiones a que se ve sometido. **JA**

Los grupos multimediales influyen de estresante forma en el trabajo profesional del periodista. Por empezar, ya no puede hablarse de multimedios sino de megacorporaciones que ejercen el periodismo y la comunicación como un negocio más.

El oficio debe unirse a la academia



Hace ya muchos años, más de los que quisiera recordar, rondaba por las redacciones de diarios y revistas una pregunta que parecía encerrar el misterio de la vida: "Un periodista, ¿nace o se hace?" Era una de esas preguntas que, cuando se formulan, no sirven de nada; pero que, una vez respondidas... tampoco sirven de nada.

Sin embargo, detrás de ese in-

terrogante se escondía el embrión de un cambio que el periodismo buscaba, necesitaba y pedía a gritos: dejar de ser un oficio de pocos, sobrecargado de códigos crípticos que aplicaban próceres inalcanzables revestidos por el plomo estatuario de las linotipos, y pasar a convertirse en una profesión más abierta, más amplia, más franca, más generosa y, con suerte, más transparente.

Cuando hablo de periodismo me reflero, claro, al escrito: es el que más conozco, es el que practico desde hace treinta años, es el que más quiero y es el que, por afecto pero también por cuestiones más tangi-

ALBERTO AMATO

Es periodista desde 1973. Actualmente es Prosecretario de redacción del diario "Clarín" y miembro de su Equipo de Investigación. En 1998 ganó junto a tres colegas el Premio Rey de España en la categoría "Prensa". Es titular del Taller de Comunicación Periodística de la Facultad de Ciencias Sociales de la Universidad de Buenos Aires.

A
N
C
I
A
J
E
S

bles y decorosas que sería largo enumerar, considero el más serio. Pese a todo.

Gabriel García Márquez gusta decir que las facultades de ciencias sociales enseñan muchas cosas útiles para el oficio, pero muy pocas cosas del oficio mismo. Es tan cierto como discutible. Pero García Márquez, que fue un periodista monumental antes de convertirse en un novelista de epopeya, parece adjudicarle aún hoy a la profesión un aura artesanal que perdura pese a que el periodismo escrito está, cada día que pasa, peor escrito. Hay algo, sugiere el colombiano, indefinible, recóndito, tal vez furtivo, que escapa a la enseñanza académica del periodismo: las "cosas del oficio mismo".

La frase de García Márquez pone de algún modo frente a frente a las redacciones con las aulas, a la práctica con la teoría, al oficio con la academia. Y creo que la alternativa perjudica tanto a la academia como al oficio. ¿Son excluyentes la enseñanza del periodismo y el oficio mismo? ¿O será que las facultades donde se estudian las ciencias de la comunicación no nacieron con la idea de formar periodistas profesionales? Entonces, ¿quieren las facultades que enseñan ciencias de la comunicación formar periodistas profesionales? ¿Debemos hablar de ciencias de la comunicación o de ciencias de la información?

Se me ocurre que una universidad de periodismo, al estilo de la de Columbia en los Estados Unidos, nos ahorraría lustros de debate. Pero también sé que mientras estas preguntas sigan sin respuesta y la enseñanza de las "cosas del oficio" esté reducida en las facultades a un mero trámite formal, destinado acaso a que el estudiante no opte por las academias privadas que ofrecen una

práctica periodística más activa, más intensa y más atractiva aunque sin el soporte cultural de cualquiera de nuestras universidades públicas, oficio y academia seguirán, como hasta hoy, caminos separados con escasos y errantes puntos de contacto.

El periodismo como ciencia

En la Argentina, la condición de "profesional" de un periodista todavía es concedida por el Ministerio de Trabajo con un único requisito: dos años consecutivos de aportes jubilatorios. El periodismo es entonces la única ciencia, si se quiere, que no podemos ejercer como profesionales al egresar de una universidad. Es un papelón. Pero así somos.

Nadie aceptaría mi proyecto de construir un puente Buenos Aires - Ciudad del Cabo sin un título de ingeniero que acredite mi condición de profesional para encarar el disparate; bajo el cargo de "ejercicio ilegal de la medicina" caería preso si me atreviese a recetar unas píldoras infalibles para curar la depresión irremediable de los domingos de otoño a las siete de la tarde; pero no existe un "ejercicio ilegal del periodismo" (con la falta que nos haría a veces esa figura en el Código Penal) que resguarde la idoneidad y la capacidad de los profesionales. Recuerdo a una vieja actriz, ya muerta, que lucía con orgullo su credencial de periodista porque cada se-

*¿Son excluyentes la enseñanza del periodismo y el oficio mismo?
¿O será que las facultades donde se estudian las ciencias de la comunicación no nacieron con la idea de formar periodistas profesionales?*

mana respondía el “Correo de Lectores” de una revista de fotonovelas; y ese trabajo, desdichado y fatuo de Celestina a destajo, la había convertido, aportes jubilatorios mediante, en una ilustre profesional y colega.

¿Cómo enseñar un oficio en la academia? ¿Cómo insertar a la academia en el oficio? ¿Debería modificarse la enseñanza del periodismo en las carreras de comunicación?

La respuesta es, me parece, que debería enseñarse periodismo en las carreras de comunicación. Quiero decir, no “hacer que enseñamos periodismo”, sino convertir a la enseñanza del periodismo en parte de la columna vertebral de un programa de estudios. Pero esto, insisto, sólo si en realidad estamos dispuestos a lanzarnos a la aventura incierta de intentar formar profesionales.

De nuevo estamos en el punto de partida: ¿quieren las carreras que estudian las ciencias de la comunicación, enseñar periodismo?

En lo personal, creo que no. El periodismo es sólo una pequeña porción del universo de las ciencias de la comunicación y, como tal, ocupa el lugar que tiene en los programas de estudio. Esta es mi conclusión después de casi diez años de estar al frente de un taller de comunicación periodística en la Facultad de Ciencias Sociales de la UBA. Es una conclusión bien modesta, pero sincera.

¿Por qué querría una facultad de ciencias sociales enseñar periodismo? Probablemente porque muchos estudiantes se sienten, de algún modo, atraídos por la profesión: por el periodismo televisivo, el radial y el deportivo en primer lugar, y, en última instancia, por el escrito. Porque los años de estudio pasan sin que los estudiantes tengan demasiado contacto con “las cosas del oficio” de las que habla García Márquez; porque las quejas que dicen que “la carrera es larga” aumentan casi en grado proporcional a la falta de una práctica intensa de alguna forma de periodismo; y porque, en muchos casos, el estudiante accede a esa práctica periodística por afuera del plan de estudios y de la universidad, sólo por su decisión y arrojo personal.

Es entonces cuando llegamos los docentes. Recién en el tercero o en el cuarto año de estudios, cuando algunos alumnos incluso ya han tenido la fortuna de atrapar una pasantía en algún medio, de asirse a esa cuerda delgada y trampo-

sa que arrojan las oficinas de “prensa institucional”, que es otra forma de nombrar a la propaganda y no al periodismo; cuando han logrado incluso trabajar en la producción de algún programa de televisión, si es con suerte de noticias, e incluso cuando han desarrollado con un fervor de guerrero algún proyecto personal en una FM barrial o en un portal de Internet, recién entonces los docentes les acercamos, a veces por primera vez, un cable de agencia. Recién entonces intentamos, en apenas pocos meses, que descubran qué encierra, y por qué, una cabeza noticiosa; recién entonces tratamos de abrirles la puerta de la crónica para que jueguen a gusto con uno de los géneros más ricos de la profesión, pretendemos que buceen en el alma humana para trazar una historia de vida y tratamos de introducirlos en el rigor del periodismo de investigación y en las técnicas infinitas de la entrevista y el reportaje. Así es como empezamos a revelarles los misterios elementales del oficio que tanto preocupan a

García Márquez. Y se acabó la práctica periodística que dura, en el mejor de los casos, un año, y en el peor, cuatro meses. Esto sin incluir en el balance algunos tropiezos de esos programas de estudio que tienden a confundir el periodismo con la literatura, los cuentos con las crónicas y la ficción con la realidad.

El resultado de toda esta enrevesada madeja, es fácilmente imaginable. Y no hace sino ratificar un prejuicio común, al menos lo es entre mis estudiantes, que se ha expresado en mayor cantidad y con mayor intensidad en los últimos años, y que deriva siempre en un menosprecio hacia la profesión por la que alguna vez sintieron avidez y fascinación, pero que se les presenta confusa, inasible, oscura, inalcanzable.

Es cierto que ese menosprecio también les es inducido en parte por la propia facultad y por sus docentes y, en gran parte, por la realidad. Es un reflejo comprensible del desasosiego, la frustración, la ira y la desesperanza de una sociedad hastiada, aunque nunca inocente, que ha puesto todo bajo cuestionamiento. Y, en especial, ha puesto en debate el controvertido papel de los medios de comunicación, sin acertar a separarlo de la profesión en sí misma, por ingenuidad, por mala intención o porque es la máscara perfecta debajo de la que se oculta una desaprensión cada vez mayor hacia la lectura y el conocimiento.

¿Cómo se refleja en los alumnos ese naufragio anticipado, ese prejuicio agorero inducido por quienes enseñamos mucho sobre el oficio pero poco sobre las cosas del oficio? Permítanme reproducir cinco líneas del escrito de uno de mis alumnos, fruto de una especie de declaración de principios que suelo pedir en cada clase inicial a modo de primer trabajo periodístico escrito. Decía: "Hay quienes estigmatizan a este tipo de talleres como un mero instrumento del poder para adoctrinarnos, prepararnos para servir en los grandes medios. Y hay quienes creen que para cambiar las estructuras periodísticas deben saber qué es lo que habría que modificar".

Estas palabras no son la excepción sino la norma. Este es el pensamiento que campea en general entre los muchachos y muchachas que pronto terminarán su carrera universitaria, muchos con la esperanza de trabajar como periodistas. Ahora bien: tomemos a ese alumno y coloquemoslo en la redacción de un diario, no importa si grande o chico, si de provincia o barrial, si español, o mexicano. Ese espíritu receloso, aprensivo, parcial, temeroso de lo que no conoce, se enfrenta ya, ahora, con una exigencia de su editor: debe cubrir un partido de fútbol de la Primera División D y escribir una mínima crónica; le pedirán exactitud, rigor, precisión, claridad, brevedad, concisión y rapidez.

Y si hay un apellido mal escrito, su futuro acabará de terminar.

Es en estos casos en los que el choque entre el aula y el oficio es siempre estruendoso. Y la víctima es, siempre, una sola: ese estudiante a quien se le ha inculcado una visión crítica de la comunicación y de los medios, pero al que no se lo ha formado para comunicar con sentido crítico. Y esta última es una de las grandes diferencias que ponen en una y otra orilla a un periodista "de oficio" y a un egresado de las facultades de comunicación.

¿De verdad creemos que preparamos a nuestros estudiantes para desempeñarse como periodistas profesionales?

Una recorrida por algunas de esas facultades nos revelaría que en muchas se han levantado pequeños estudios de radio y de televisión, mejor o peor equipados, pero siempre sin capacidad suficiente para una práctica constante, intensa, imaginativa, enriquecedora del periodismo audiovisual. No ha-

ce mucho, una de las docentes de un taller de radio me confesaba espantada que, en promedio, sus estudiantes tienen una práctica de siete minutos frente al micrófono durante toda la cursada. El periodismo escrito, que es el pariente pobre de la familia, ni siquiera dispone de salas de redacción equipadas con computadoras conectadas en red a un par de impresoras, y una o dos "cabinas" de agencias noticiosas que pongan a los estudiantes en contacto con el mundo exterior. Se trabaja en abstracto y se escribe a mano, como los frailes copistas de Umberto Eco.

La pregunta sin respuesta regresa, tenaz, molesta, levantisca. ¿De verdad queremos en nuestras facultades formar periodistas profesionales?

¿Cómo es entonces que esas facultades no tienen un órgano de prensa diario o semanal, con el compromiso de trabajo y voluntades que esa cotidianeidad exige, que aspire si no a competir con los medios masivos (aunque el desafío está

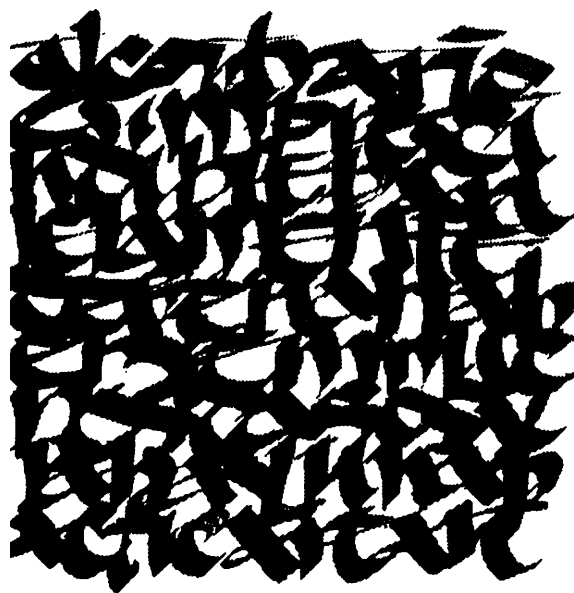
lanzado) al menos a convertirse en una lectura alternativa? ¿No sería útil a la formación de futuros profesionales que, desde una edad temprana, tuvieran al alcance de las manos la posibilidad de descubrir que el periodismo no es una única relación entre emisor y receptor, sino que existe un tercer factor que es "el otro", la noticia, el hecho periodístico, el protagonista de una historia de vida, el goleador, el ministro, la guerra? ¿No sería útil a todos, en especial a la profesión, que desde el principio, quienes aspiran a ser periodistas se enfrenten a las mismas dificultades, los mismos riesgos, las mismas satisfacciones y los mismos desafíos que enfrentan los profesionales? ¿Cómo no existe esa publicación, ese diario, esa revista semanal, en la cual las editoriales pondrían sus ojos para descubrir a los futuros talentos a incorporar a una redacción? ¿Por qué los ejemplos de periodismo gráfico que surgen de nuestras aulas universitarias muestran un conmovedor entusiasmo en la propuesta y un igualmente conmovedor amateurismo en los resultados? A lo largo de cinco o seis años de carrera universitaria, ¿no hay centenares de alumnos dispuestos a crecer y a madurar mientras crecen y maduran sus conocimientos teóricos y prácticos de la profesión de periodistas, y pasar en esos años de cronistas y reporteros a editores, columnistas y editorialistas? ¿Por qué

una facultad empeñada en enseñar periodismo desperdigaría semejante cantera de talentos? ¿O es que cuando hablamos de "enseñar periodismo" no hablamos de periodismo profesional?

Mariano Besada, amigo y colega en la profesión y en la cátedra, él mismo egresado de la UBA, me aportó algunos apuntes valiosos para este artículo que, las fuentes deben respetarse, cito de su puño y letra: "La aparición de las carreras de comunicación generó una revolución para la que no los periodistas, ni los medios ni los académicos estaban preparados. Los periodistas se sintieron amenazados por la llegada de la ilustración de las aulas a un mundo oscuro y único, el de las redacciones, que se regía por el olfato. Los medios creyeron encontrar una cantera inagotable de trabajadores baratos y los académicos sintieron que no debían preocuparse ni por el sentimiento de los periodistas ni por la ambición de los medios. (...) Los estudiantes de las carreras de comunicación quieren comunicar. No saben qué, ni cómo; pero saben que quieren hacerlo. Se encuentran con currículas que les muestran un mundo comunicacional inexistente y, con suerte, sobre el final de sus carreras, descubren que no alcanzan con la crítica furtiva para mejorar la comunicación humana. Pero ya es tarde.

Facultades y medios fallaron en sus objetivos. Unas no lograron aportar al oficio la can-

ANCLAJES



tividad y calidad de profesionales que, era imaginable pensar, saldrían de sus aulas. Los otros no se preocuparon demasiado por terminar de formar a los pocos egresados de las facultades a quienes integraron a sus redacciones. La profesión se "flexibilizó", para usar ese eufemismo tan a la moda que oculta con elegancia la mediocridad y el desinterés, los medios periodísticos gráficos perdieron calidad y lectores. Y la nave va.

En la Argentina y en buena parte del mundo hispano, los grandes medios han llenado ese vacío que parecen haber dejado las facultades, a través de "maestrías" o incluso de sus propias escuelas de periodismo: esa es la cantera que va a nutrirlos de profesionales en el futuro. Y los llamados medios alternativos, según lo que se ve y se lee, no parecen demasiado preocupados por el momento en jerarquizar la calidad profesional de sus páginas ni en contratar a profesionales para escribirlas.

La pregunta entonces es ¿cuál es el futuro laboral que vislumbramos para nuestros alumnos de ciencias de la comunicación?

La formación cultural de los estudiantes de nuestras universidades públicas es aún hoy, y pese a los embates de los gobiernos de turno cualquiera sea su signo y condición, una de las más sólidas de América. En oposición, en la Argentina el periodismo todavía conserva, a modo de or-

gullosa rémora, el blasón un tanto dudoso de aquellas generaciones de autodidactas que sentaron las bases de la profesión y levantaron sobre ellas edificios majestuosos. Pero eso es tiempo pasado. Ya es olvido. En los albores del siglo XXI la inyección de solidez, o al menos de robustez, que le aporta un egresado universitario a la profesión es invaluable. Cuando la academia se une al oficio, siempre es bienvenida.

Es el oficio el que debe unirse a la academia. Y si las facultades no le hacen espacio, al menos los estudiantes deberían hacerle un lugarcito desde donde trabajar más cómodo. Pero eso tampoco sucede. Hay una brecha demasiado ancha entre esa formación universitaria y la "cultura periodística" mínima, indispensable para quien aspira a ser un informador. Esa falencia contradice incluso los rasgos de carácter más entrañables de los estudiantes, al menos de los míos: son chicos inteligentes, emprendedores, lúcidos; muchos son conscientes de que ocupan un lugar de privilegio en una universidad pública, son ansiosos, osados, decididos, rebeldes, tienen gestos de un coraje y una solidaridad que parecen olvidados entre sus mayores; con más o menos talento son perspicaces, ambiciosos, trabajadores, esperanzados pese a la crisis brutal, comunicativos, cálidos, sensibles; los que tienen la suerte de trabajar en lo que

pueden, llegan a las clases en las noches demolidos por el cansancio, hambrientos, desmadejados por el sueño; y aún así resisten, pelean, se sostienen con uñas y dientes del palo mayor de la nave y a veces hasta ésgrimen un humor que ignoro de qué galera sacan. Pero lo que me susurra la experiencia sobre el "perfil periodístico" de esos mismos estudiantes que aspiran a ser informadores, dice que, en general: leen poco; mejor dicho, no leen; no leen textos periodísticos; no tienen el hábito de leer uno o más diarios cada mañana y terminan por asegurar que Arafat es el primer ministro de Israel o que el bajista Pedro Aznar es el presidente del gobierno español; la visión crítica que tienen de los medios escritos nunca se expresa desde la óptica profesional sino desde el sillón del lector común, con definiciones elementales, obvias, repetidas y por eso previsibles que, además, raramente son propias; no tienen un conocimiento consistente de la actualidad; no sienten ni



demasiada avidez por informarse ni pasión por informar; carecen de una formación gramatical rigurosa y de una ortografía impecable; tienen escasa capacidad de observación y de comprensión reflexiva de cuanto miran y ven como futuros periodistas; trastabillan a la hora de desarrollar su imaginación creativa en textos periodísticos y, si bien tienen conciencia de los procesos históricos, ignoran la historia contemporánea íntima, cotidiana, informativa del país y del mundo; en muchos casos están convencidos de la necesidad de obtener resultados más que de la de adquirir formación y, cada vez con mayor frecuencia, limitan su iniciativa personal a las páginas de Internet, de donde extraen y reproducen páginas enteras que, en algunos casos, leen en forma superficial, no analizan, no confrontan y hasta pretenden hacer pasar como propias. Muchos de ellos admiten, hasta con candor, que es casi por descarte que cursan un taller de periodismo y la carrera de

comunicación, lo que los lleva a una visión deformada de la profesión y hasta de su propio futuro.

No debe tratarse de un mal exclusivo de la Argentina, lo que significa una calamidad y no un consuelo, porque el español Álex Grijelmo dice de sus propios estudiantes: "Anhelan viajar a países lejanos, influir en la sociedad con sus editoriales, almorzar con gente importante o descubrir corrupciones hasta en el club de socios de la bolera municipal. Y en ese loable ímpetu han descuidado su herramienta: la palabra, que ha pasado a un plano secundario. Así, no leen; por tanto, no reflexionan. Y se vuelven perezosos"¹.

¿Son los estudiantes de la carrera de comunicación, no importa si argentinos o españoles, los únicos responsables de esas carencias?

No, no son los únicos.

Los medios periodísticos gráficos, envueltos en su propia crisis, les pueden ofrecer muy poco.

La vieja tradición formadora de las redacciones ha quedado en eso, en una tradición; quienes tomaban la iniciativa de cobijar a los nuevos y transmitirles boca a boca los secretos del oficio o bien ya no trabajan, o ya no tienen ni ganas, ni tiempo, ni edad para hacerlo; se ha perdido tal vez para siempre la tertulia periodística, ya no se habla casi de la

profesión ni siquiera en las redacciones, donde la pasión es vista como un demérito intelectual; si hubiera lectores jóvenes, y debe haberlos ciertamente, no hallarían hoy en las páginas de la prensa escrita un modelo a seguir, a imitar, a desbrozar para descubrir las tramas ocultas, los secretos soterrados, las intrigas subterráneas de un gran texto informativo; los propios medios gráficos han dejado de lado ya no sólo el cuidado de sus textos y sus ediciones, sino algunos géneros valiosos de la prensa como la gran crónica, el reportaje intimista, profundo, revelador, la nota interpretativa, explicativa, aclaratoria. Ese hueco imposible de llenar ha sido ocupado por una ciega competencia con los medios audiovisuales, en la que se privilegia lo que se ha bautizado como "periodismo de servicio", como si lectores y espectadores u oyentes buscaran lo mismo cuando leen que cuando encienden la radio o la televisión.

Como muchos de los futuros egresados de las carreras de ciencias de la comunicación, también los medios parecen más interesados en los resultados que en la formación.

¿No estaremos todos juntos, académicos, docentes, profesionales, en un camino que tiene un destino final que no es el que imaginamos cuando empezamos a caminar?

¿Qué deberían hacer una facultad de ciencias sociales, los medios de comunicación, los

¹ Grijelmo, Álex, *El estilo del periodista*. Madrid, España. Editorial Taurus, 2002. Página 21.

alumnos que se sienten atraídos por el periodismo y los periodistas, para despertar, en vez de aplacar, el entusiasmo y la pasión por ese que es el "mejor oficio del mundo" del que habla García Márquez?

Nuestras facultades de ciencias sociales no forman periodistas porque no nacieron con esa misión, no es ese el sentido de su existencia e incluso tal vez no sea ése su interés. Por lo mismo, es casi superficial preguntar, o que las propias facultades se cuestionen, cómo es que no forman periodistas profesionales.

Los medios, que no atinan a retener a sus lectores y también se preguntan por qué los pierden, viven envueltos en esa angustia existencial que los ha hecho desertar de la formación profunda, seria, comprometida de quienes serán sus profesionales. Los periodistas damos el pésame con una obsecuencia que siempre ha sido el preludio de nuestras grandes debacles profesionales.

Los estudiantes no parecen interesados en incorporar a la sólida formación que les da la universidad, una dosis igualmente sólida de conocimientos propios, vitales para un periodista y que sólo da la curiosidad, la avidez, la búsqueda insaciable, el interés por el prójimo... Esas "cosas del oficio" de las que habla García Márquez, que no pueden dar las facultades y que ayudarían a que un profesional formado en una universidad pudiera ser

finalmente tallado por el oficio. Los docentes, sabemos que no es sólo a través de la práctica como se forma un profesional, que esa es una receta del pasado, un espejo falso que ofrecen las escuelas terciarias y los institutos privados que esgrimen casi como único pilar de su existencia la práctica periodística. Sabemos que la universidad pública sigue siendo el mejor ámbito de formación, cualquiera sea la ciencia que se elija. Pero también sabemos que la formación periodística de los muchachos y muchachas de nuestras facultades debería incluir un valor agregado, una puesta a punto más cercana a la realidad y más conectada con la experiencia, que les permita enfrentar con mayores y mejores posibilidades el riesgo siempre venturoso de convertirse en periodistas profesionales.

Sin embargo, todos coincidimos en que los periodistas necesitamos mejorar nuestra formación, en que más lo necesi-

tan quienes aspiran a serlo, en que las facultades hacen más de lo posible para que esa formación resista las peores tempestades y en que es posible hacer más de lo posible; coincidimos casi todos en que el periodismo en general, y el escrito en particular, navega por el filo de una navaja muy afilada en los últimos años por la decadencia y la mediocridad: o cambia o se aviene a años de soledad. Y ese cambio no será posible sin mejores medios, sin mejores profesionales y sin mejores futuros profesionales. Es un punto de partida. No es más que eso. Pero tampoco es menos.

La única ventaja que tienen los grandes abismos es que lo único que nos queda por hacer es estrecharlos. ■

Sabemos que la universidad pública sigue siendo el mejor ámbito de formación, cualquiera sea la ciencia que se elija. Pero también sabemos que la formación periodística de los muchachos y muchachas de nuestras facultades debería incluir un valor agregado.

CARLOS MILITO

Universidad versus sistema de medios



En abril cumplí 10 años como docente de la Facultad de Periodismo y Comunicación Social de la Universidad Nacional de La Plata, institución donde cursé mis estudios de grado. En febrero, después de 18 años, dejé Radio Continental, donde trabajé en el Servicio Informativo (SIC).

El oficio es, en sentido amplio, cualquier actividad que constituye la profesión de alguien. Como periodista del SIC me desempeñé en diferentes roles: redactor-locutor, movilero y productor. En tanto, la academia como sociedad científica, literaria o artística tiene una autoridad reconocida. Soy profesor-investigador de la Universidad que aún me forma

y desde donde quisiera compartir mi reflexión.

La academia me permitió conocer que la comunicación es un proceso de construcción de sentido que atraviesa las distintas prácticas de la sociedad. Comprendí que la sociedad interactúa con la radio y resignifica su existencia en las construcciones, relatos, creaciones y manipulaciones que ella produce. Los pueblos se relacionan con los medios ma-

CARLOS MILITO

Es periodista de radio y televisión. Docente e investigador de la Facultad de Periodismo y Comunicación Social de la UNLP y adjunto ordinario del Taller de Producción Radiofónica I. Director de la Especialización en Comunicación Radiofónica de la FPyCS.

A
N
C
I
A
J
E
S

sivos de comunicación -entre ellos la radio- para instalar sus discusiones y sus juegos, que van desde lo político hasta los nuevos tipos de entretenimiento y apropiación. Comprendí que la noticia es una construcción y que la materia prima es el acontecimiento.

Por otro lado, desde el oficio, en mi actividad cotidiana me sugerían en la redacción que revisara el comienzo y el final del cable que expulsaba la teletipo, porque desde esos párrafos podría redactar lo más importante de las noticias para el boletín o panorama. También fue el estímulo y la confianza para salir al aire, para leer en el estudio y ante el micrófono los distintos formatos periodísticos, para probarme y sentirme confiado.

Luego se desencadenó la vorágine que invade los medios masivos: la calle y desde allí el móvil, la averiguación de datos, las entrevistas, el descubrimiento de la tecnología -teléfono de línea, VHF, teléfonos celulares, reporter, la capacitación al informatizar los espacios de producción de noticias, la digitalización del sonido, la radio en internet- y el trabajo en equipo.

Por otra parte, para madurar fue importante vivir presiones que repercutían en el tratamiento informativo a partir de compromisos comerciales o políticos de la empresa periodística, y discernir que los intereses profesionales y sindicales necesitan de tratamiento diferenciado.

Desde los dos espacios, me he construido como comunicador/periodista radial y he comprobado que las políticas empresariales impulsan el adiestramiento técnico en equipos o en lenguajes y códigos y la naturalización de las rutinas de producción pero no cuentan con una suficiente iniciativa en la evaluación de las prácticas profesionales. Creo que desde la academia se jerarquiza la conceptualización, la interpretación, la investigación, pero también existe cierto recelo hacia el "sistema de medios" y una escasa voluntad para intervenir definitivamente.

Propongo ahora recorrer experiencias, que espero se conviertan en oportunidades para pensar el problema.

La radio y las noticias

Durante la "Semana del Periodista de 1998", organizado por el Centro de Estudiantes de la Facultad, participé como panelista en un debate sobre periodismo radial. En ese marco, me sacudió la reflexión de una periodista graduada universitaria, que aún integra el

staff de una de las radios de alcance nacional más escuchadas, quien afirmó que al realizar una entrevista, ella no podía estar pensando en Umberto Eco o Jesús Martín Barbero. Fue su aporte al momento de ser interrogados sobre la formación universitaria. De esa manera, desestimó en aquel foro el aparato crítico que ofrecen las carreras de comunicación.

Incorporada a la producción de noticias de un informativo y ocupando un lugar destacado como movllera, arriesgó una idea: "Creo que el modelo de la primicia, la exclusiva y la competencia entre medios obstruyó la mirada sobre el contenido y el tratamiento informativo".



En otro orden, fueron reiteradas las veces que fui invitado a encuentros de periodistas radiales y a la Unión de Trabajadores de Prensa de Buenos Aires (UTPBA). Aquellas reuniones se concretaron para solicitarle al gremio la organización de cursos, encuentros, seminarios que permitieran mejorar la calidad de la información brindada. Ya dijimos que fueron iniciativas de los periodistas, que no encontraban respuestas en las empresas donde trabajaban, pero que reconocieron el cambio tecnológico y los cambios que ocurrían en la sociedad a escala global. El resultado se puede ver en el menú que hoy ofrece la UTPBA a sus afiliados e interesados en continuar superándose.

La academia y la investigación de las prácticas profesionales

La Facultad de Periodismo y Comunicación Social publicó, en octubre de 1998, el libro "Políticas Científicas de la Comunicación. Un enfoque estratégico desde la universidad pública". En el capítulo VII se plantean las áreas de conocimiento de desarrollo prioritario, una de las cuales es Comunicación, medios, periodismo y poder, aún vigente. Se afirma en el documento que "las problemáticas que articulan los campos de la comunicación, los medios, la práctica profesional del periodismo y la política, han sido escasamente investigadas desde las universidades. En general, ha sido un área desarrollada en la ensayística o en la propia historia profesional de la prensa, habitualmente referida desde el anecdotario o más recientemente desde la sociología". Han pasado cinco años y este objeto de estudio fundamental para la comunicación generó innumerables proyectos de investigación: "Medios, Política

y Poder. La comunicación en pocas manos"; "Políticas de información en los conflictos bélicos"; "Sofovich y la televisión estatal"; "Los géneros de opinión radiofónicos. Una aproximación retórica discursiva" y "La comunicación de las noticias en radio: criterios, lenguaje y tecnología".

Al manejar la certeza que la cuestión está estrechamente ligada a la constitución de una nueva lógica de participación, representación y ejercicio de la ciudadanía política de los actores sociales, la Facultad, desde su compromiso con la democratización de la sociedad y la misma dinámica científica, ha ampliado la agenda de investigación. En ese sentido, es necesario nombrar un reciente proyecto que aportará datos y conclusiones de singular valor a la problemática que estamos pensando. Se trata de "Tensiones en la realización comunicacional. La formación académica, el desarrollo profesional y la producción mediática de los jóvenes periodistas y comunicadores sociales".

La academia y el oficio, un diálogo incluíble

Desde los ejemplos me propuse argumentar que, tanto desde la actividad profesional como desde la academia, se ha visualizado que es necesario mejorar todo el tiempo la calidad de la producción periodística. Hoy son necesarios profesionales que puedan situarse en la sociedad, que expliquen y

Creo que desde la academia se jerarquiza la conceptualización, la interpretación, la investigación, pero también existe cierto recelo hacia el "sistema de medios" y una escasa voluntad para intervenir.

CARLOS MILITO

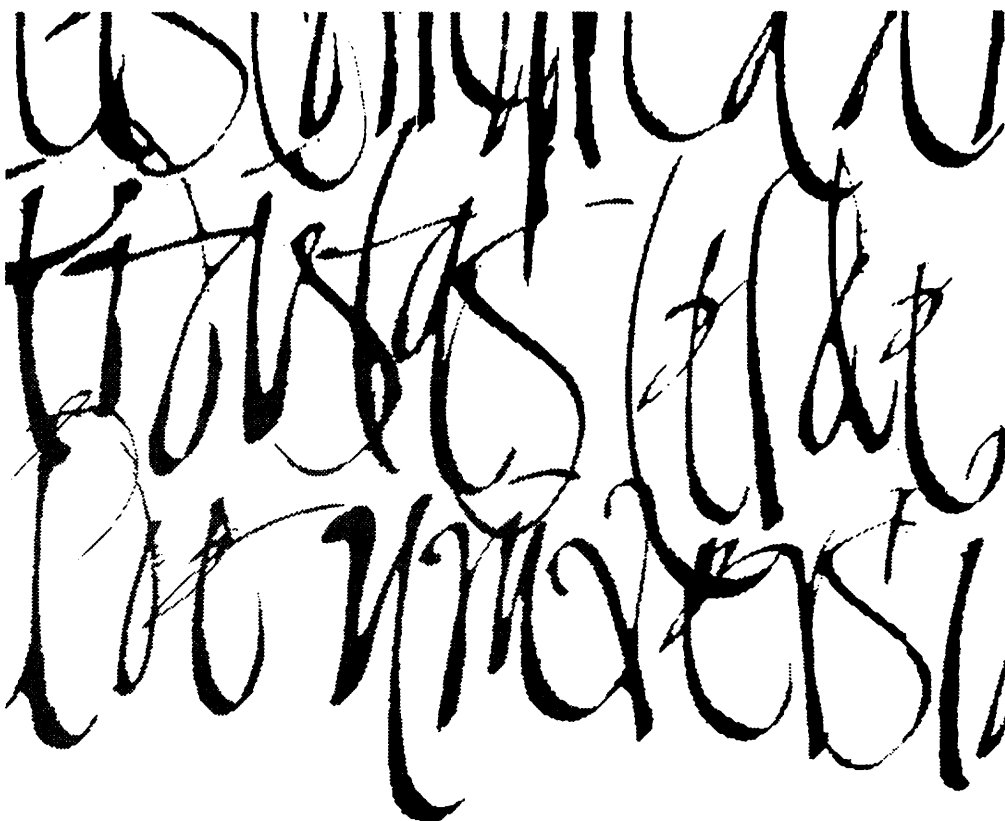
UNIVERSIDAD VERSUS SISTEMA DE MEDIOS

debatan los significados de lo que sucede, que establezcan asociaciones para permitir comprender el tiempo que vivimos y que estimulen el debate de ideas.

Lo indispensable es el manejo de información contrastable, la comprensión crítica, la capacidad de duda y de búsqueda y la decisión de ser protagonistas en la construcción de una sociedad más democrática. En esa dirección construyen la Facultad de Periodismo y Comunicación Social de la UNLP y la UTP-BA con la creación de la Maestría en Periodismo y Medios de Comunicación. En ese ámbito, se intenta neutralizar las disputas entre periodistas que critican la formación académica y aquellos que se escandalizan con la verdad del saber universitario.

Un primer momento del proceso está instalado. Sin embargo, es necesario seguir con precisión las conversaciones entre los dos espacios y advertir cualquier actitud que renuncie al intercambio de saberes y destrezas y a la reflexión sobre las propias prácticas profesionales. Si la comunicación tiene un valor estratégico, si en nuestro traba-

jo como comunicadores/periodistas se pone en juego la posibilidad de una efectiva pluralidad, la supervivencia de la sociedad civil y la construcción de la democracia, sería imperdonable que se fracture el diálogo y que se renuncie a mejorar, juntos el campo. 



Bibliografía

- **MOLINER, María.** Diccionario de uso del Español. Cedros. Madrid 1992.
- **Diccionario Enciclopédico Océano Uno.** Océano. Barcelona 1996.
- **Políticas Científicas de la Comunicación. Un enfoque estratégico desde la Universidad Pública.** Ediciones de Periodismo y Comunicación. Universidad Nacional de La Plata. La Plata 1998.

Corrupción: asignatura pendiente



“No debería haber sitio en el mundo donde se analice más al periodismo y a los periodistas que las facultades, desde donde deberían surgir los anticuerpos contra los corruptos y los corruptores”.

Ni la academia -no me refiero a cuestiones futbolísticas- ni el oficio. El primero porque es un término un poco presuntuoso y el segundo por parece demasiado rudimentario. En realidad desde hace décadas se acepta la imprescindible necesidad de la formación de los

periodistas o los comunicadores sociales.

El debate quedó saldado y se desarrolló con virulencia en las décadas del 60 y el 70. Si se admite un paseo por la prehistoria, debe recordarse que recién en 1965 en la actual Facultad de Periodismo, ex Escuela Superior de Periodismo, comenzaron a exigir un título secundario para ingresar¹. En aquellos tiempos la discusión entre los periodistas de “oficio” y los de “escuela” era moneda corriente, aunque los primeros se imponían abrumadoramente pues en las redacciones la relación era de 10 a 1. Las redacciones estaban formadas casi con exclusividad por “periodistas de oficio” y muchos de ellos solían desen-

JULIO OSVALDO LÓPEZ

Licenciado en Ciencias de la Información, UNLP. Es Presidente de la Asociación de Periodistas Institucionales bonaerense. Entre otros medios, trabajó en “El Sol de Quilmes”, “La Gaceta de la Tarde”, “El Día”, “Primera Plana”, “La Opinión”, “La Nación”, “Crónica”, “Mercado”, “El Cronista Comercial”, “La Tarde”, “DyN”, “Extra”, “La Razón de La Plata”, “Radio Eva Perón” y “Radio Provincia de Buenos Aires”.

¹ Por primera vez se exigió título secundario a los ingresantes a la “Escuela Superior de Periodismo” en 1965. El autor formó parte de esa primera promoción.

volverse con prejuicios contra los "periodistas de escuela". Tampoco le faltaban razones. Un caso testigo que pude presenciar fue la entrevista entre el secretario de redacción de "La Gaceta de la Tarde"- el vespertino de "El Día" - Juan Carlos Mohamed, conocido con el seudónimo de "Lucho Bravo" y un flamante egresado de la Escuela de Periodismo que buscaba trabajo. El aspirante presentó su tarjeta en la que abajo de su nombre y doble apellido aparecía el título de "Licenciado en Ciencias de la Información". Lucho Bravo, luego de observar detenidamente la tarjeta, le preguntó con evidente malicia: "Así que Licenciado en Ciencias de la Información.... y en qué sección del diario le

Si unos pocos siguen rechazando a las facultades como reductos exclusivos de la formación de profesionales es por los defectos que exhiben los egresados.

gustaría trabajar? Me gustaría escribir comentarios de política internacional...".

La conversación se interrumpió casi inmediatamente cuando el postulante comenzó a tocarse las piernas al sentir una sensación extraña.

Estaba mojado; mojado porque Lucho Bravo lo había orinado, por debajo del escritorio que tenía el clásico hueco entre las dos cajoneras.

Inmutable, Lucho Bravo dio por terminada la conversación: "Vaya m'ljito, si lo necesitamos lo llamamos..."

El licenciado se debe haber dado cuenta por el olor del origen de su mojadura.

Parecen estereotipos, pero fue un caso real, que revelaba los prejuicios de uno y otro sector. El egresado de la escuela de periodismo que pretendía escribir comentarios de política internacional y probablemente no sabría redactar una gaceta y el periodista de oficio, muy limitado pero con una notable intuición para saber cuál era la noticia, a tal punto que luego fue el real creador de "Diario Popular"².

Aquella confrontación de los años 70 quedó en el olvido, lo mismo que la relación que existía entre la cantidad de periodistas de oficio y de escuela. Hoy la situación es totalmente opuesta y de cada 10 (diez) ingresantes a las redacciones, 9 (nueve) son egresa-

dos de las facultades de periodismo.

Y la realidad que es la única verdad permite dar por concluida la antigua polémica, aunque deja aristas para otros debates.

Si unos pocos siguen rechazando a las facultades de periodismo como reductos exclusivos de la formación de profesionales es por los defectos que suelen exhibir los egresados.

El más común de los déficits, pero no el más importante, es la carencia de prácticas en redacciones o estudios de radio y televisión. Y esto coloca a los egresados en una situación inicial de desventaja, pero fácilmente corregible con algunos meses de actividad profesional.

Contra la corrupción

Lo que no parece tener solución inmediata es la pretensión de convertir a los egresados de las facultades de periodismo en bastiones en la lucha contra la corrupción.

En la tradicional visión corporativa que los argentinos tenemos de la realidad contemporánea, ningún sector se quiere hacer cargo de los problemas. Con subes y bajas, la corrupción es una preocupación constante de la sociedad argentina. En general es un problema atribuido a los políticos

² Juan Carlos Mohamed, "Lucho Bravo" se inició en la sección Turf de "La Gaceta de la tarde" donde llegó a ser secretario general. Estuvo en los comienzos del "Diario Popular" y fue el que lo dirigió en la consolidación del matutino.

y a los gremialistas y pocos se animan a extenderla a los economistas, los empresarios, los abogados o los periodistas.

Y en casi todos esos sectores los niveles de corrupción son incompatibles con el funcionamiento de una democracia eficiente con altos niveles de equidad.

La corporación periodística se ha ocupado de soslayar el debate sobre la corrupción en nuestra profesión.

Por un lado, muchos promueven la negativa a hacer "periodismo de periodistas", razón por la cual rechazan la posibilidad de tratar denuncias contra colegas o analizar casos comunes de corrupción.

Por el otro, cuando trasciende alguna denuncia contra un periodista desde los medios se reclaman, muchas veces en forma airada, pruebas del presunto delito, con una insistencia que no se aplica cuando los acusados son profesionales de otra actividad.

Estas actitudes permiten disimular o encubrir a los periodistas que pueden estar encuadrados en alguna forma directa o indirecta de peculado.

Un relevamiento entre los corresponsales extranjeros o entre los periodistas de otros países que conocen bien el ejercicio de la profesión en la Argentina, permite concluir en que los niveles de corrupción entre los periodistas de nuestro país son muy altos. Y de enorme gravedad, pues se supone que son los medios y quienes en ellos trabajan los

que deberían ejercer cierto control social contra esos desvíos, ocupando el lugar que por incompetencia o desvergüenza dejaron la justicia o los entes estatales supuestamente creados para ese fin.

Es curioso en primera instancia, pero desolador cuando se profundiza el análisis, que entre quienes suelen denunciar la corrupción haya tantas prácticas deshonestas y tanto relativismo moral.

Las prácticas más habituales, algunas más graves que otras, son: cobrar de entidades o personas para publicar en el medio en el que se trabaja informaciones interesadas; exigir avisos para programas de televisión por cable a cambio de protección en programas centrales de radio o televisión, o en medios gráficos; cobrar para entrevistar a dirigentes en programas de radio o televisión o en medios gráficos; percibir dinero para "hacer críticas" elogiosas de películas, obras de teatro, espectáculos musicales, etc; extorsionar a dirigentes, con la amenaza de que si no concurren a determinado programa de radio o televisión, hablarán mal de ellos; amenazar a potenciales entrevistados con que no los convocarán nunca más si es que conceden entrevistas a otros medios; pactar el otorgamiento de avisos con la contrapartida de un porcentaje en efectivo para el funcionario o directivo que firma la orden de publicidad; publicar como información pura notas de propaganda

o publicidad; acordar con consultoras o agencias retribuciones especiales para "proteger" a determinados dirigentes o "acusar" a otros; acceder a los pedidos de los "operadores" de prensa a cambio de canonjías.

Esta enumeración, incompleta seguramente, no incluye las prácticas deshonestas de las empresas propietarias de los medios, o de sus directivos, a los cuales no puede considerárseles periodistas; tampoco a los dirigentes que han hecho de la compra y venta de periodistas un atajo para acceder a sitios de poder.

¿Y cuál es la relación entonces entre la corrupción de los periodistas y el dilema oficio versus academia?

Es que las facultades de perio-



dismo deben ser los ámbitos donde se inmunice contra el virus. No debería haber sitio en el mundo donde se analice más al periodismo y a los periodistas que las facultades y de ese debate continuo y enriquecedor deberían surgir los anticuerpos contra los corruptos y los corruptores.

Hace algunos meses en un panel realizado por la Universidad del Salvador para analizar el comportamiento del periodismo en torno a casos que conmovieron a la opinión pública, como los del sacerdote Grassi o el padre del actor Echarri, uno de los oradores, Gerardo Tato Young, de Clarín, reconoció que sobre esos temas no se hablaba en la redacción del gran diario argentino, que no había discusiones sobre el rol del periodismo o del periodista ni aún en esos casos de mucha repercusión³. ¿Se habla sobre esto en las facultades? En las redacciones de antaño estos temas solían tratarse en las largas sobre-

mesas de madrugada, cuando el vino dejaba paso al whisky o a la ginebra.

A finales de la década del 60 y principios de la del 70, en la vieja Escuela de Periodismo, se hablaba de Bernardo Neustadt como modelo de periodista acomodaticio y de Félix Laiño, como vocero de las Fuerzas Armadas y del Ejército, en particular. Pero no se los discutía en términos de corrupción sino por cuestiones ideológicas. En esas épocas de fuerte militancia a nadie se le ocurría que lo que apareciera en los medios podía estar originado en la compra y venta. Todo era política y aún entre los más acérrimos enemigos: la Tendencia Revolucionaria y la CNU, ni se sospechaba de comportamientos originados en el dinero.

Frank Priess, director del Programa de Medios de Comunicación y Democracia de la Fundación Konrad Adenauer, se lamenta de que "en los medios periodísticos está mal visto criticar públicamente a colegas y son muy raros los medios dispuestos a poner en la picota una conducta equivocada de otro medio, aún cuando ésta sea verdaderamente grotesca".

Agrega además que "la autocritica que podría llegar a fortalecer sostenidamente la credibilidad del gremio no es precisamente el fuerte de las asociaciones que nuclea al gre-

mio, como pueden ser los sindicatos de periodistas y sus tribunales de honor, o los "colegios de periodistas". La crítica proveniente de la propia corporación no guarda ningún tipo de relación con las falencias de todo orden que se observan a diario, las violaciones en parte bochornosas, a cualquier profesionalismo periodístico, la falta de respeto por la privacidad ajena, los prejuicios, la cocina de rumores, la complicidad con los objetos de la información por un lado y la "destrucción" del adversario por el otro.

Priess lamenta la falta de transparencia en torno "a las consecuencias derivadas de la presión que es ejercida detrás de bambalinas en función de favores y dependencias, o por el propietario mismo del medio o porque los propios periodistas sufren embates de corrupción de todo tipo".

"En la Argentina los datos que proporcionan los mismos periodistas sobre intentos de corrupción dimanados de círculos políticos y económicos, verdaderamente asustan. No obstante, no es un tema que haya tomado demasiado estado público. Nadie denuncia este tipo de intentos, de los que además no se sabe a ciencia cierta si siempre son rechazados con la necesaria claridad", dice el experto alemán.

Por otro lado, Priess cuestiona "qué pasa con las informacio-

3 Fraga, Rosendo, compilador en *Autopercepción del periodismo en la Argentina*. Editorial de Belgrano, 1997.



nes que se publican en la sección turismo, cuando los periodistas viajan invitados por agencias de turismo a lugares más o menos exóticos, en lugar de viajar por cuenta de la redacción? Lo que acontece en los llamados viajes organizados para la prensa, ¿es algo que pueda asimilarse remotamente a lo que deberá vivir el turista que saca un pasaje normal y corriente? El test que se hace con el auto puesto a disposición por el fabricante, que lo chequeó mil veces antes y que además se facilita al periodista para que éste pueda disfrutarlo algunas semanas en forma particular, ¿arrojará los mismos resultados que el auto que adquirirá un comprador normal? Y el periodista de la sección política que sabe que no puede renunciar a sus contactos en el poder como fuente de información, ¿echará todo a perder revelando demasiado de lo que naturalmente sabe?"⁴. Las advertencias de Priess no suelen ser debatidas entre los profesionales.

David Unger, editorialista jefe de "The New York Times", en su despacho de New York, preguntó al autor sobre el nivel de corrupción en el periodismo argentino, pues estaba realizando una investigación sobre el caso de David Graiver y había encontrado muchas referencias⁵.

Más recientemente los máximos responsables del aparato de prensa del presidente brasileño Luiz Inacio Lula Da Silva afirmaron que "el grado de corrupción en el periodismo argentino era sensiblemente mayor que el se apreciaba en el Brasil", Y sabían de qué hablaban⁶.

Las conductas en diversos países son distintas. Por ejemplo, los periodistas que trabajan para la CNN en Buenos Aires no pueden aceptar invitaciones de empresas o gobiernos para realizar viajes.

En una visita recientemente organizada para los corresponsales extranjeros a Mendoza para recorrer las principales bodegas y degustar el vino argentino, varios colegas agradecieron la invitación y aún cuando les constaba que no se les exigía contraprestación alguna, debieron declinarla por las normas vigentes en los medios a los que representaban. En muchos medios, sobre todo en el exterior, rigen "libros de estilo" que en gran parte se convierten en "códigos de ética". La prolija revisión de estos textos y su confrontación con lo publicado, arrojará muchas sorpresas sobre todo por el incumplimiento de lo que supuestamente se prescribe. Pero siempre es bueno comparar nuestra realidad con la de

otros países en donde el standard del periodismo en torno a la ética es mucho más alto.

En el Poynter Institute, Robert Hainman y Don Fry, prepararon unas normas de orden declarativo con el título de "Guía de recomendaciones para periodistas". El decálogo es el siguiente:

1. Los periodistas no deberían aceptar nada de valor (regalos, viajes, comidas...) que pueda comprometer su integridad o disminuir su credibilidad.
2. Los periodistas no deberían aceptar favores o privilegios especiales de nadie con quien ellos o su organización mantenga una relación profesional.
3. Los periodistas no deberían hacer inversiones o tener acciones que podrían causar un conflicto de interés o dar la apariencia de tal, y menos deberían invertir o tener acciones sobre las cuales podrían ejercer algún tipo de influencia.
4. Los periodistas no deberían tener ni buscar puestos en oficinas de la administración pública.



4 Seminario sobre el "Periodismo de Investigación" en la Universidad de El Salvador, Buenos Aires, octubre de 2002.

5 Entrevista con el autor, New York, 21 de febrero de 1999

6 Entrevistas con el autor, Palacio del Planalto, Brasilia, 14 de enero de 2003.

ca o involucrarse en campañas políticas o en cualquier esfuerzo que pueda comprometer su imparcialidad. Deberían evitar todo trabajo de relaciones públicas, a pesar de la buena causa.

5. Los periodistas no deberían tener otro trabajo pago que pueda entrar en conflicto con sus deberes. Esta restricción incluye labores partime, full time y freelance.

6. Los periodistas deberían evitar todo tipo de comportamiento que pueda dañar su credibilidad como observadores imparciales o recortar los esfuerzos de su organización por mantener su reputación de imparcialidad.

7. Los periodistas nunca deberían revelar un secreto o adoptar un compromiso que no estén preparados para defender con honor. Los directores y jefes de redacción deben comprometerse a guardar las confidencias hechas adecuadamente por los periodistas.

8. Los periodistas nunca deberían hacer uso de sus privilegios para acceder a las fuentes, ni utilizarlas en su ventaja personal o para el beneficio de sus amigos, parientes o colegas. Tampoco deberían usar el nombre de su empresa para su propio beneficio.

9. Los periodistas nunca deberían utilizar una noticia que no fuera justa, imparcial, balanceada y completada con lo mejor de su conocimiento y habilidad, o que esconda algún conflicto potencial.

10. Cuando los periodistas tengan cualquier tipo de dudas sobre una tarea, la cobertura de un hecho o un posible conflicto de interés, siempre deberán alentar esas dudas a sus superiores⁷.

En este tipo de códigos, reiterado con leves matices, universalmente aparecen verdades de Perogrullo, aunque requieren ciertas aclaraciones respecto de las eventuales violaciones a estas normas.

Es obvio que hay empresas y empresarios periodísticos que son la principal fuente de corrupción, porque usan a los medios para otros negocios, porque explotan a los periodistas y trabajadores de sus empresas y porque en muchos casos alientan ciertas corruptelas con la intención de compensar los bajos salarios que ellos abonan.

El tema de la corrupción en el periodismo, como en otros sectores de la vida nacional, es demasiado importante como para ser ocultado debajo de la alfombra.

Los periodistas institucionales deben tener bien en cuenta esta situación. Y deberán oponer-

se a las propuestas de los pícaros que intentan reemplazar una buena gestión con el "arreglo" con un grupo de medios o de periodistas. La aparición de los "operadores" en reemplazo de los "preseros"- término éste que se usa en forma despectiva- trajo aparejadas "operaciones de prensa", la mayoría de las veces por izquierda, que tuvieron su apogeo durante las gestiones de Carlos Grosso, en la Municipalidad de Buenos Aires, y de José Luis Manzano, en el Ministerio del Interior. Se trata significativamente de dos de los políticos que mayores "inversiones" hicieron en periodismo, pese a lo cual conquistaron las peores imágenes en la sociedad.

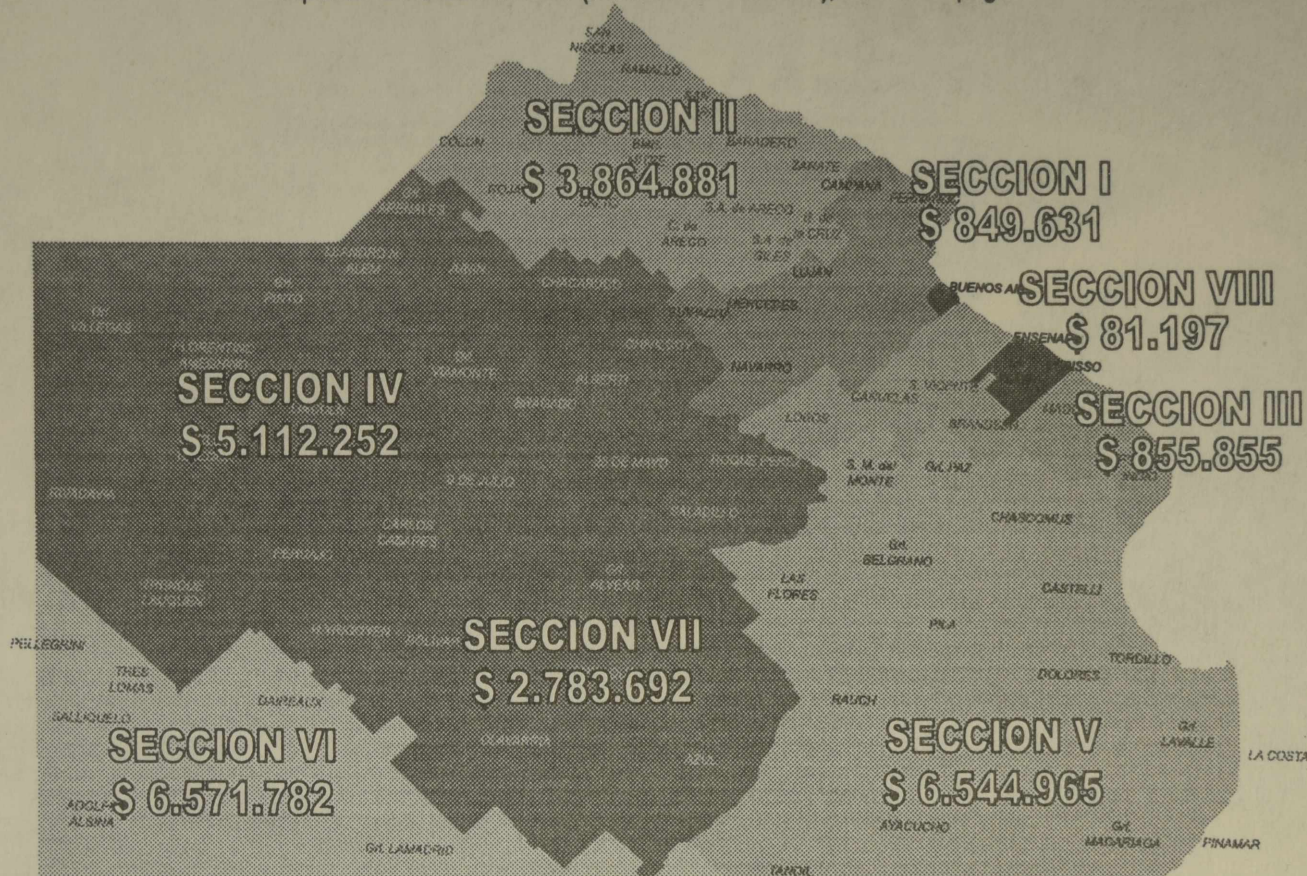
Por eso son las facultades de periodismo las que deben llevar la iniciativa. Junto con la intensificación de las prácticas en medios gráficos, radiales o televisivos la preservación de niveles de transparencia y honestidad, deben ser los diferenciales que salden definitivamente los restos de la polémica entre la academia y el oficio. ■

7 Trotti, Ricardo, en *La dolorosa libertad de prensa. En busca de la ética perdida*. Editorial Atlántida, 1993.

UNA PROVINCIA FEDERAL

PROGRAMA DE DESCENTRALIZACION ADMINISTRATIVA TRIBUTARIA

Se transfiere a los municipios la administración de los impuestos Inmobiliario Rural, Ingresos Brutos (pequeños contribuyentes), impuesto a los automotores (modelos 1977 a 1987), Planes de pago.



EL VENCIMIENTO DE LA PRIMERA CUOTA DEL INMOBILIARIO RURAL HA PERMITIDO
TRANSFERIR A LOS MUNICIPIOS MÁS DE **\$ 26 MILLONES**

TODO VA A LOS MUNICIPIOS

\$ 12.377.627

se destinan a Rentas Generales de los municipios, con libre disponibilidad.

\$ 14.286.628

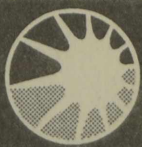
al Fondo de Mantenimiento Vial que son utilizados por los municipios para el mejoramiento de la red provincial de tierra, la que incluye caminos de suma importancia para el transporte de la producción agropecuaria regional para el mantenimiento de caminos rurales.

Además:

\$ 26.499.738

se destinan a la realización de obras viales e hidráulicas administradas por la Provincia, que tienen impacto directo en las comunas y, sobre todo, benefician especialmente a los sectores que contribuyen con el Impuesto Inmobiliario Rural.

La descentralización tributaria se reflejará en mayores y mejores servicios para todos los bonaerenses
LOS IMPUESTOS VUELVEN EN SERVICIOS A LA COMUNIDAD



Ministerio de Economía
Gobierno de la Provincia
de Buenos Aires

PROGRAMA PERSONA < una solución (*a*) su problema > PERSONA



■ Una iniciativa de servicio, abierta y participativa de la Cámara de Diputados de la Provincia de Buenos Aires. Para que los ciudadanos bonaerenses se acerquen con sus inquietudes y reciban la orientación y el asesoramiento necesarios a fin de encontrar respuesta a problemas que como usuarios y consumidores nos preocupan a todos.

*su Diputado
es su Representante.*

www.hcdiputados-ba.gov.ar

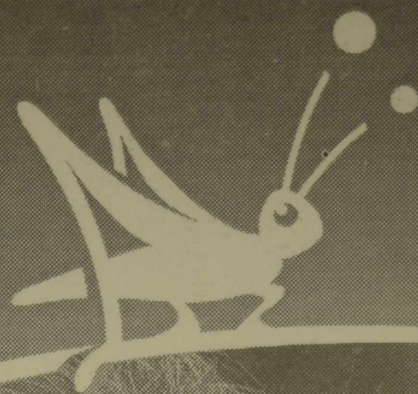
0800-3335537

Atención personalizada de 10 a 16 hs.



Cámara de Diputados de la Provincia de Buenos Aires

Calle 51 N° 692, entre 8 y 9 La Plata, 1900 Buenos Aires



*la emoción
de jugar y ayudar*



**Lotería de
la Provincia**

La emoción de jugar y ayudar

Instituto Provincial de Lotería y Casinos de Buenos Aires

Del los medio
de fallar etc
es una...
la me...
que...



Facultad de Periodismo
y Comunicación Social
Universidad Nacional
de La Plata

que rediseña el mapa
universo de las ciencias
y com... a una...

delos...
por que...
de sus...
alien...
que rediseña el mapa
universo de las ciencias
y com... a una...